GOBIERNO DE ESPAÑA | MINISTERIO DE IGUALDAD | SECRETARÍA DE ESTADO DE IGUALDAD Y PARA LA ERRADICACIÓN DE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES | DIRECCIÓN GENERAL PARA LA IGUALDAD REAL Y EFECTIVA DE LAS PERSONAS LGTBI+

MINISTERIO DE POLITICA TERRITORIAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA | ESPAÑA EN LIBERTAD 50 AÑOS

LA FABRICA

9 788410 024984

COLITA

NOSALTRES NO TENIM POR, NOSALTRES SOM

PRIMERA MANIFESTACIÓN LGTBI+
BARCELONA, 26 DE JUNIO 1977

COLITA

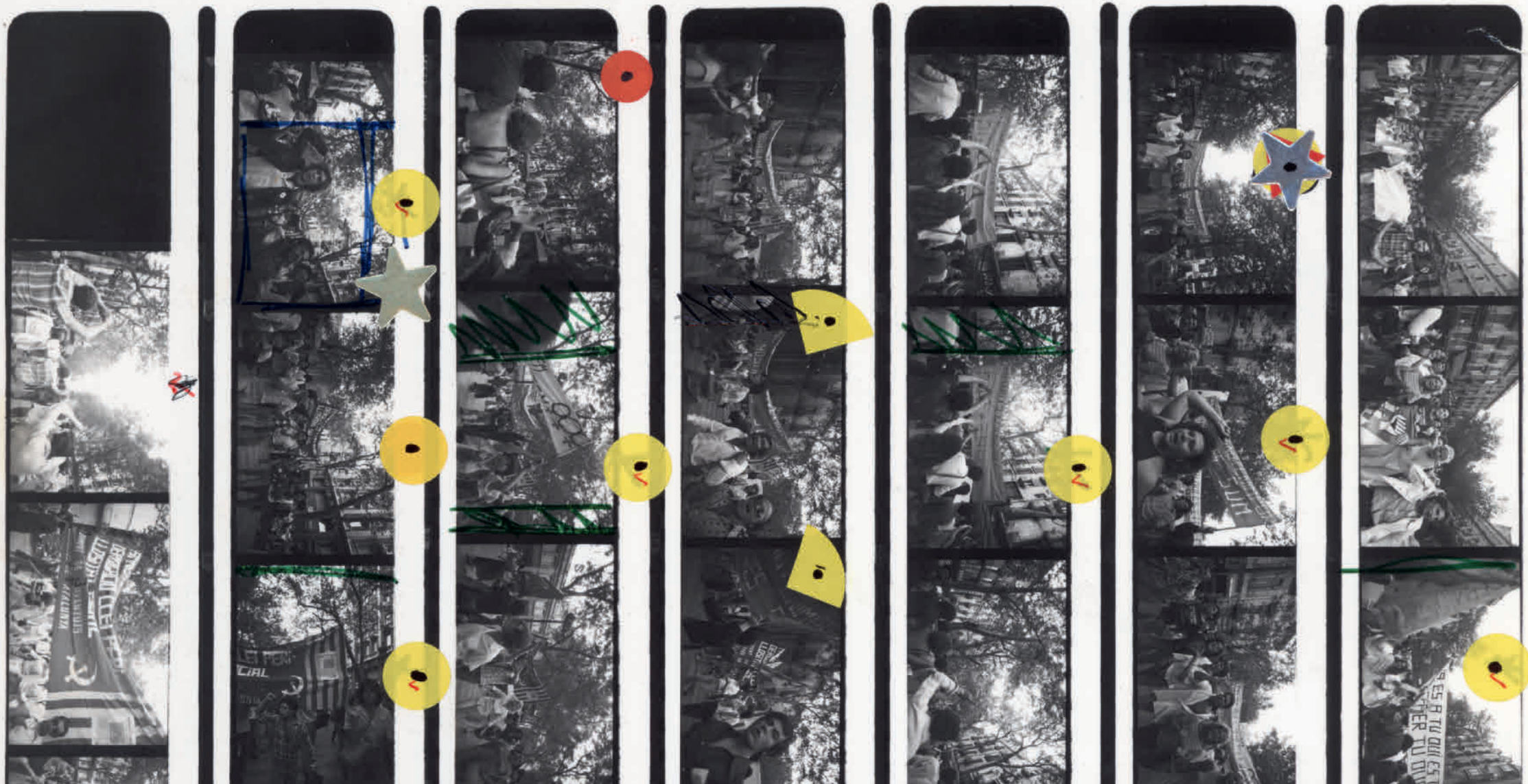
NOSALTRES NO TENIM POR, NOSALTRES SOM

Primera manifestación LGTBI+
Barcelona, 26 de junio 1977

DATE Junio 77

SUBJECT MANIFESTACIÓN FAL y Policía 1°

TECHNICAL DATA FEMINISTA





GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE IGUALDAD
SECRETARÍA DE ESTADO DE IGUALDAD Y PARA LA ERRADICACIÓN DE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES
DIRECCIÓN GENERAL PARA LA IGUALDAD REAL Y EFECTIVA DE LAS PERSONAS LGTBI+

MINISTERIO DE POLÍTICA TERRITORIAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA
ESPAÑA EN LIBERTAD
50 AÑOS

LA FABRICA

ORACIÓN
Santa Iluminata Blacanguait
Patrona de las fotógrafas contumaces

Santa Iluminata
Bella y descarriata
Cuida de tus chuchos
Que, santa, son muchos:
Los que callejean
Trotan y cabrean
Cargados de bultos
Y otros artilugios.
Que son perseguidos
Por polis, por chulos,
Fachas y vecinos.
Que son explotados
Y muy mal pagados,
(de poner el culo
Están agotados).
Los que te veneran,
De ti mucho esperan.
El llegar a viejos
Con la espalda entera
Y las dos caderas
Y, a final de mes,
Sin dar un traspiés.
Devotos te amamos
Y te reclamamos
Que nuestros clientes
No escondan los euros
Y enseñen los dientes.
¡Ay! Ten compasión
De esta profesión
Santa glamurosa
De vida azarosa
Fotógrafa mártir
Y, de todos, ¡Diosa! *

Aaaameeeen

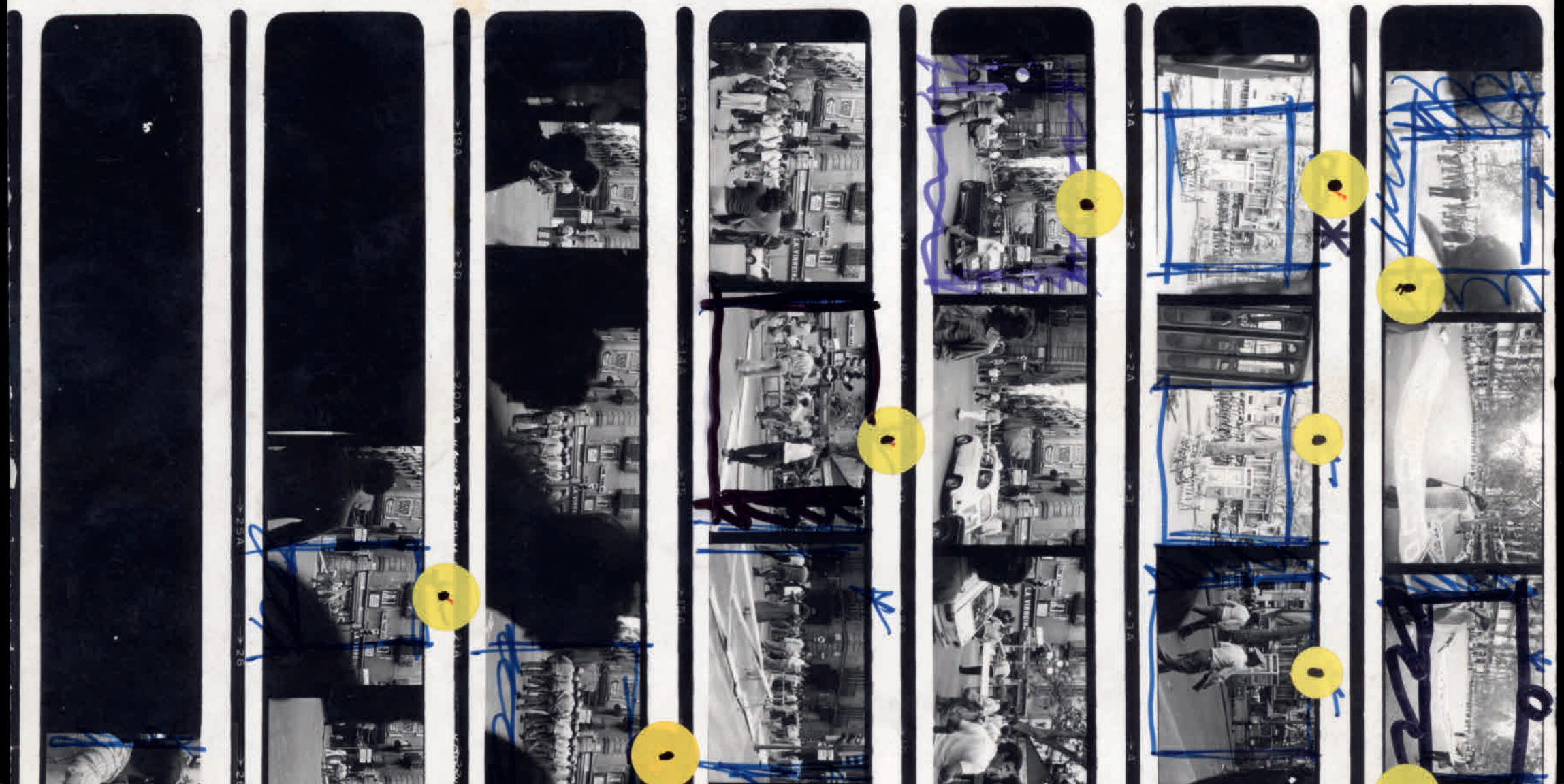
* He querido poner virgen,
pero no me entraba en ningún sitio.

Colita

DATE Junio 77

SUBJECT Manifestación Gay y Policía 20

TECHNICAL DATA








EL REGULADOR






A VIRRINA
A VIRRINA



PRESENTACIÓN

Cincuenta años después del inicio de la democracia, España conmemora este hito histórico de libertad, de reconstrucción colectiva y de dignidad recuperada. Son cincuenta años de historia compartida que nos invitan a mirar hacia atrás con gratitud y hacia adelante con responsabilidad. La libertad, la igualdad y el respeto a la diversidad son hoy pilares de nuestro país; pero no nacieron de la nada: fueron conquistados con esfuerzo, con valentía y, a menudo, con dolor.

Durante demasiado tiempo, miles de personas en España fueron perseguidas, encarceladas o silenciadas por amar, por ser y por vivir fuera de los márgenes impuestos. La memoria de aquellos tiempos forma parte de nuestra historia democrática: recordarla es honrar la verdad, reconocer a las víctimas y reafirmar el compromiso democrático.

En este camino de memoria y reconocimiento, hay una fecha que ocupa un lugar esencial: el 26 de junio de 1977. Ese día, en las calles de Barcelona, tuvo lugar la primera manifestación LGTBI+ de España. Fue una jornada de esperanza y de valentía en la que miles de personas salieron a reivindicar algo tan sencillo como el derecho a ser y a existir sin miedo.

La democracia española se fue construyendo también con esos pasos valientes, con esas voces que, desde la marginalidad, exigieron respeto, igualdad y libertad.

Hoy, España es un país más justo gracias a quienes, ayer, se atrevieron a desafiar el silencio, a quienes decidieron ser visibles cuando la visibilidad era una forma de riesgo, y a quienes entendieron que la libertad no es plena mientras haya una sola persona condenada a vivir en la sombra.

Entre los nombres que nos acompañan en esta memoria colectiva hay uno que merece un reconocimiento especial: Isabel Steva Hernández, *Colita*.

Colita es una de las grandes narradoras visuales de la historia reciente de España. Su cámara fue testigo de la transformación cultural, social y política del país. Su obra documenta la vida, la lucha y el despertar de una sociedad que empezaba a romper cadenas. Su mirada siempre fue valiente, comprometida y profundamente humana. Sus fotografías de la primera manifestación LGTBI+ que tuvo lugar en Barcelona son ya memoria viva de nuestra historia.

Pero Colita no solo retrató la historia del colectivo LGTBI+, sino que también fue una figura clave para el feminismo y la conquista de los derechos de las mujeres en nuestro país en un tiempo en el que hacerlo suponía romper con los tabúes sociales y desafiar el poder establecido.

Cada una de sus fotografías son un acto de memoria y de compromiso. Su obra ha contribuido a visibilizar a quienes fueron invisibles, a dignificar a quienes fueron despreciados y a recordar que la cultura y el arte también son formas de justicia, dignidad y libertad.

Rendir homenaje a Colita es rendir homenaje a todas las mujeres que pusieron su talento al servicio de los derechos humanos, de la igualdad y de la verdad. Es reconocer que, sin la mirada de quienes documentaron la historia, no podríamos comprender del todo cuánto costó alcanzar la libertad que hoy disfrutamos.

Hoy, cincuenta años después, España puede afirmar con orgullo que ha recorrido un camino decisivo hacia la libertad, la igualdad y la dignidad de todas las personas con una democracia que reconoce el valor de la memoria, que celebra la diversidad y que sigue avanzando con paso firme hacia una sociedad más justa, inclusiva e igualitaria.

Este aniversario no es solo una mirada al pasado, sino también un compromiso con el presente y el futuro. Con quienes abrieron camino en contextos difíciles y con quienes, desde el activismo, el arte, la política o la vida cotidiana han hecho posible el avance en derechos.

Hoy seguimos abriendo camino por quienes estuvieron, por quienes están y por quienes vendrán.

MINISTERIO DE IGUALDAD

5 **NOSALTRES NO TENIM POR, NOSALTRES SOM**

Rafael Doctor Roncero

9 **REPRESIÓN, MOVILIZACIÓN Y VISIBILIDAD LGTBIQ+**

FRANQUISMO, POSFRANQUISMO Y TRANSICIÓN

Rafael Villena Espinosa

15 **¡MILAGRO, VEO!**

LA PRIMERA MANIFESTACIÓN GAY, LAS RAMBLAS, COLITA Y YO

Nazario

101 **¡AY, TRINIDÁ!**

CUERPO, DISIDENCIA Y MARGEN A LA CABEZA DE LA LUCHA

Sergio Marey

105 **COLITA: «¡YO SOY PERIODISTA!»**

Laura Terré

NOSALTRES NO TENIM POR, NOSALTRES SOM

Rafael Doctor Roncero

En un apasionado pasaje de su novela autobiográfica *Diario de un ladrón*, Jean Genet narra un acontecimiento extraordinario del que tuvo la suerte de ser espectador en la madrugada de un frío día de invierno de 1933 en Barcelona. Una escena espontánea y, en cierto sentido, surrealista, que conmovió a este gran disidente social; un acto entre grotesco y festivo al nacer el día protagonizado por un grupo de homosexuales travestidos de luto formando una marcha fúnebre con la que pretendían honrar a un vespasiano –un tipo de urinario público masculino– situado a final de las Ramblas que unos días antes había sido destruido por una bomba anarquista. Se trataba para ellos de un lugar de encuentro y de trabajo, un mueble urbano víctima de la violencia política y social ahora convertido en un efímero lugar santo, un lugar venerado simbólicamente por unas personas que vivían en los márgenes de aquella sociedad en esa ciudad portuaria republicana y, en buena medida, permisiva con diversas formas de vida alejadas de la normalidad imperante.

> Las Carolinas fueron en procesión al solar de unos antiguos urinarios destruidos. Los rebeldes, durante las revueltas de 1933, arrancaron una de las tazas más sucias, pero de las más apreciadas. Estaba junto al puerto y al cuartel, por lo que era la orina caliente de millares de soldados la que había corroído la chapa. Una vez constatada su muerte definitiva, con chales, con mantillas, con vestidos de seda, con chaquetas entalladas, las Carolinas –no todas, sino una delegación solemne escogida– vinieron al solar a depositar un ramo de rosas rojas, anudado con un velo de crespón. El cortejo partió del Paralelo, atravesó la calle de San Pablo y fue, Rambla de las Flores abajo, hasta la estatua de Colón. Habría una treintena de mariconas a las ocho de la mañana, a la salida del sol. Las vi pasar, las acompañé a cierta distancia. Sabía que mi sitio estaba con ellas, no porque fuera una de ellas, sino porque sus voces chillonas, sus gritos, sus gestos exagerados tenían por único fin, o así me lo parecía, horadar la impermeable capa del desprecio del mundo. Las Carolinas eran extraordinarias. Eran las hijas de la Vergüenza.

Este pasaje es considerado el registro, en palabras de uno de los más importantes escritores del siglo pasado, de lo que podría ser la primera marcha documentada de un colectivo sexual que vivía al margen de la ley y se organizaba para visibilizar un grito conjunto. No es que sea el primer Orgullo, como ya muchos alegremente han llegado a escribir, pero sí un bellísimo y poético antecedente que ya portaba en sí mismo algunos de los elementos que definirían este modelo diferente de manifestarse en las calles en un futuro. De una forma alegre, paródica incluso, a horas intempestivas, clandestina y osadamente, las maricas, desde sus propios antros como La Criolla o Cal Sacrastà, planificaron una marcha lúdica con un objetivo difícil de entender sin ese componente de marginalidad, tragedia y, también, humor, en el que se desarrollaban sus vidas.

Pero aquí vamos a hablar de lo que ocurrió cuarenta y cuatro años más adelante, en una España que no acababa de enterrar a un dictador del averno que durante cuatro décadas había sumido al país en un retraso social e ideológico con respecto a su entorno occidental europeo. Ahora el país reclamaba un verdadero cambio para superar el lugar anacrónico y maldito que la historia le había deparado en los últimos lustros. Se trabajaba desde todos los estamentos para arrinconar la pesadísima carga de la mordaza de tantos años, con el sueño y las ganas de construir una sociedad más libre, más tolerante, más sana.

Ocho de la tarde del domingo 26 de junio de 1977, solo diez días después de las primeras elecciones libres celebradas en décadas en el país en pro de una nueva Constitución. Un aire de cambio se respiraba esencialmente en las grandes ciudades como Barcelona, donde las pintadas de los muros gritaban sin cesar y las manifestaciones se sucedían por doquier reclamando los nuevos espacios que era necesario reconstruir y habitar tras el larguísimo tiempo de silencio y represión. Estamos en el momento decisivo, en el punto de inflexión ya irreversible de una sociedad que vibra con la misma efusión que la de quien descubre un espacio nuevo y yermo en el que crecer tras haber estado encerrado demasiado tiempo en una habitación oscura. El cambio, como el amor de la canción de John Paul Young que ese año sonaba por todas partes, estaba en el aire y era imposible detenerlo. La sexualidad, durante tanto tiempo reprimida, empezaba a invadirlo todo.A nivel popular, el destape ya era norma en buena parte de la publicidad. Lo mismo ocurría en la producción cinematográfica que llenaba los cines que aún luchaban contra una censura que ese mismo año empezaría a clasificar como *S* a las cintas con imágenes eróticas. María José Cantudo y Nadiuska fueron las grandes estrellas femeninas de la taquilla y los rostros más visibles entre centenares de mujeres que necesitaron desnudarse para trabajar y alimentar la libido de un país insaciable de carne, que pocas veces era masculina. Por aquellos mismos días dos producciones españolas lograban sortear la censura: Eloy de la Iglesia estrenaba, tras haber estado retenida durante varios meses, *Los placeres ocultos* (1977), en la que se abordaba la homosexualidad por primera vez en el cine español con cierta normalidad, algo que era verdaderamente revolucionario en «una nación viril» como le gustaba decir a ese caudillo ya en proceso de putrefacción. Entretanto, Vicente Aranda lograba sacar adelante *Cambio de sexo* (1977), con un tema jamás tratado así hasta entonces y con una Bibi Andersen que se convertiría desde ese momento en uno de los iconos más valientes y esenciales de la época. Ella era el cuerpo que podía decidir su cambio: realidad y metáfora al mismo tiempo. En las grandes ciudades, los espectáculos de variedades y las revistas triunfaban con una profusión de cuerpos libres hasta ahora prohibidos: junto a las vedettes clásicas, nuevos nombres, otros cuerpos, irrumpían: Madame Arthur, Ángel Pavlovsky, Christa Leem, Violeta la Burra, Pierrot o Dolly Van Voll mostraban la osadía y disrupción que esa sociedad reclamaba. Nacían revistas como *Interviú* o *Lib*, en las que la información política o general iba acompañada de esa dosis de sexo que el país parecía precisar en todos los sectores. Juan Marsé escribía *La muchacha de las bragas de oro* (1978) para ganar el premio Planeta mientras que en Televisión Española el Ballet Zoom de Valerio Lazarov marcaba el ritmo de unos cuerpos que —creíamos hasta entonces— eran mucho más inertes y asexuados. En la música popular, Ana y Johnny gritaban: «Y yo también necesito amar» como un orgasmo de juventud compartido por todo un país; pero el número uno de ese momento lo ostentaba un chico con melena corta, muy afeminado, bailarín e hijo de una actriz italiana y de una torero del régimen, que cantaba a una tal Linda. La ambigüedad se refugiaba en una caja increíble, siempre desde un armario cobarde y repleto que apestaba a naftalina: era una sociedad que adoraba la pluma heterosexual de Raphael o Juan Pardo, o la pluma —siempre que fuese brillante e intelectual— de un Antonio Gala, y que no sabía ni nombrar el espacio de otros famosos como Mari Trini o Gloria Fuertes. Las palabras *gay* y *homosexual* estaban prácticamente prohibidas en cualquier discurso político y recordemos que faltaba un año para que los condones o cualquier otro anticonceptivo fueran permitidos.

Con todo, era un tiempo brillante, un momento histórico de luz, de cierta euforia incluso; tiempo de esperanza, pero, sobre todo, tiempo de acción. Nadie iba a regalar nada si no se sabía reclamar con la fuerza que se requería. Era necesario aprovechar el terremoto jurídico y estamental para plantar profundamente las semillas que deberían brotar en la construcción del nuevo país. Era ahora o nunca y eso lo supieron y sintieron las personas que, a pesar de las dificultades, a pesar aun del peso del aparato antiguo y represor, a pesar de una gran parte de la sociedad todavía anestesiada, sabían que debían arriesgar incluso sus propias vidas como un compromiso que trascendía lo propiamente personal. En este sentido, es maravilloso leer u oír en sus entrevistas a Armand de Fluvià. Él fue junto con Francesc Francino el artífice de las primeras asociaciones capaces de aunar el grito homosexual, arroparlo con los cómplices necesarios y lanzarlo a la calle contundentemente en el momento y lugar preciso.

Y así, como si de un acto de justicia poética se tratase, en el mismo lugar donde tuvo lugar el Cortejo de las Carolinas, un 26 de junio cuarenta y cuatro años más tarde, pero no a las ocho de la mañana sino a las ocho de la tarde, partiría la primera gran marcha de lo que ahora conocemos como el colectivo LGTB. Era como si las Carolinas, esos maricas anónimos arremolinados en el Barrio Chino de Barcelona de los años treinta, hubiesen dejado una semilla escondida en aquellos restos vespasianos y tras un largo periodo seco y sombrío, comenzase a latir, a brotar para ser por fin una realidad, una nueva realidad.

Convocados por el clandestino FAGC (Front d'Alliberament Gai de Catalunya), fueron capaces de reunir no solo a disidentes sexuales sino a muchos activistas de las otras luchas sociales que en ese momento confluían y que entendían la necesidad de solidaridad entre unas y otras. Unas cuatro mil manifestantes gritaron ese día juntas justicia contra ese

dragón de mil cabezas del pasado que ya no solo se sentía como anacrónico, sino, por fin, vulnerable. Todas las luchas tenían en común el grito del cambio y la ampliación de las libertades amordazadas por las leyes de peligrosidad social que persistían de ese régimen ya en fase de absoluta descomposición. Era un momento esencial en el que había que rehacer un nuevo país con unas nuevas normas y un nuevo modelo social más justo, tolerante y desprendido de la asfixiante profusión del aliento de una Iglesia amarrada al resto de poderes fácticos.

Existía un plan preconcebido y un sentido de lucha acoplado a unos tiempos nuevos de cambio que había que aprovechar para avanzar sin miedo. En aquella tarde, por otra parte, había algo más que un ocasional escritor maldito observando y documentando ese hito. Allí estaban las cámaras, allí estaba la fotografía que serviría de acta de autenticidad de ese presente que todos sabían que era histórico. Era necesario que lo que estaba ocurriendo fuese documentado y preservado ante una sociedad que aún se resistía a aceptar la diferencia en los comportamientos no normativos que marcaban su rancio sentido moral. Fotógrafos, periodistas y cineastas como José Romero Ahumada, Agustí Carbonell, José María Espinosa, Enrique Serrano y Carlos Bosch, entre otros, registraron ese momento, pero las imágenes que al final han resistido al tiempo y definido aquella tarde fueron las de Isabel Steva Hernández, *Colita*, protagonista de este proyecto, que tiró dos carretes completos una vez que se había iniciado la marcha y comenzaron los altercados que se produjeron tras la irrupción de los grises. Para Colita, aquella no era una manifestación más, como apunta en el texto que ha escrito para esta publicación Nazario, se trataba de «su» manifestación.

Dos carretes, reproducidos completamente en este libro a través de sus contactos, que guardaban lo que sería la fotografía que al poco se convirtió en el emblema de ese grito definitivamente disruptivo sobre un pasado que ya no sería jamás el mismo en la sociedad española. Una imagen maravillosa, que no deja de gritar y que contiene los elementos esenciales y más radicales de la lucha en cuestión: una fotografía ya mítica en la historia de nuestro país, en la que vemos un primer plano de seis travestis con grito y puño en alto, que entendemos que son las que abren la marcha. Ante un acto tan rápido, Colita se tuvo que agachar para conseguir ese contrapicado que les confiere a ellas ese movimiento de avance que uno siente cuando está frente a la imagen. Detrás de ellas, una pancarta reza en catalán «*Nosaltres no tenim por, nosaltres som*». Un lema que hoy, casi medio siglo después, sigue resonando con la rotundidad y emoción necesarias como para que incluso dé nombre a este proyecto. «No tenemos miedo, existimos». No hay nada más que explicar, todo está comprimido ahí y no hay ningún adjetivo o nada superfluo que se pueda añadir a algo tan maravillosamente contundente. Esas seis travestis, entre las que reconocemos a La Trini o a Silvia Reyes, no habían sido parte de la organización, pero decidieron ponerse al frente pues –y vuelvo a la magia– parece que recogían el testigo de sus antepasadas Carolinas. Ellas sí que no tenían miedo y ellas sí que eran la vanguardia: ese era el lugar en el que consideraban que deberían estar. No era la visión del homosexual o lesbiana de apariencia normativa la que encabezaría la marcha, sino esas travestis y transexuales que habían sido el sector más apaleado durante toda la historia. Nadie les podía arrebatar el puesto que por dignidad y justicia les correspondía en esa manifestación ilegal en la que ellas no pedían permiso para estar donde sentían que les correspondía. Eran las hijas de la vergüenza que renacían allí para abofetear con su osadía y descaro a toda una sociedad.

Este libro, que publica por primera vez el conjunto del reportaje de Colita sobre esta protesta, pretende ser un homenaje a esa fotografía y a ese momento decisivo de la historia social de nuestro país y, al mismo tiempo, una llamada de atención, ahora más que nunca, sobre la importancia que debe tener la calle para avanzar hacia una sociedad más justa. Son los gritos, es la valentía de algunos y algunas, los que han conseguido un verdadero avance, casi milagroso, en la idiosincrasia de un país hasta entonces atrasado y carente de empatía con la diferencia. El grito en la calle hace que el debate se extienda por la sociedad y poco a poco logre horadar el muro de la incomprensión y la costumbre, esa «impermeable capa de desprecio del mundo» de la que habla Genet, la barrera de la normalidad impuesta por unas leyes y una religión que nada tenía que ver con el mundo que despertaba. El grito desata la palabra y la llena de la energía precisa que se necesita para construir el diálogo y, a través de este, trazar el camino por el que transite lo que sentimos que es justo.

Aquí encontramos las hojas de contactos de los dos carretes, así como se muestran ampliadas las cuarenta fotografías que la misma Colita había seleccionado. Hojear este libro supondrá acompañar en el recorrido a la autora y revivir junto a ella esa tarde en las Ramblas, con los gritos, las pancartas, los grises, las carreras, los golpes… Transportémonos a esa tarde, movámonos de una manera ágil con Colita en este proceso tan frenético, y miremos a través de sus ojos ese momento decisivo. Sintamos el clic de cada disparo de su cámara Olympus y, finalmente, reposemos la experiencia con los cuatro puntos de vista que ofrecen los textos que completan este proyecto: un ensayo sobre el contexto histórico; un análisis de la faceta de periodista de la autora de las fotografías; una narración de carácter vivencial de uno de los manifestantes; y, finalmente, un homenaje a una de las protagonistas de la famosa fotografía.

El profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha Rafael Villena (Tomelloso, Ciudad Real, 1965) contextualiza el antes y el después de este momento de una manera clara, retratando el estado de represión y sus mecanismos contra el que se organizó la marcha, al mismo tiempo que apunta varios antecedentes esenciales necesarios para llegar a ese momento clave. Es la historia de un movimiento que, además, tenía unas ramificaciones esenciales en otros lugares claves del estado español como Torremolinos, que es necesario tener en cuenta para entender bien la historia. Termina el historiador manchego llamándonos la atención sobre las deudas de reparación que aún es necesario asumir y sobre todo

la de situar a este colectivo en el papel esencial que cumplió en la Transición, que hasta ahora la historiografía no ha sido capaz de recoger con la fidelidad y justicia que le corresponde.

Laura Terré (Vigo, Pontevedra, 1959), doctora en Bellas Artes por la Universidad de Barcelona y una de las máximas conocedoras de la Historia de la Fotografía de esta época, fue amiga de Colita, además de comisaria de su exposición más importante. En su texto, presenta a Colita como la periodista que a ella le gustaba decir que era; en ese país convulso en el que la mujer tenía un lugar secundario ya predeterminado que ella lucho toda su vida por liberalizar, ampliar y redefinir. A través de este corto ensayo logra retratar con gran lucidez a la autora de esta fotografía desde su especial trinchera con el mismo humor y valentía que siempre la definieron. Así podemos entender la no-casualidad del objeto de la fotografía en cuestión. Colita supo que, entre todas, no por vistosas, sino por radicales, eran ellas, las travestis, las que debían estar allí.

Nazario Luque (Castilleja del Campo, Sevilla, 1944), padre del cómic *undergound* español, nombre esencial en la contracultura de aquella época, y uno de los personajes clave para entender la Barcelona de entonces, escribe un relato autobiográfico a partir de esta fotografía a modo de apasionada crónica de un momento tan especial que consigue que respiremos el momento, que sintamos lo que fue estar allí y participar de esa marcha, y que lo hagamos no solo de su mano, sino también de la de Ocaña, otro de los personajes esenciales para entender aquel momento y aquella ciudad; un Ocaña constantemente reivindicado desde la actualidad cuyo eco resuena con belleza y descaro en este relato exquisito.

Finalmente, Sergio Marey (Pol, Lugo, 1997), como artista y gestor cultural contemporáneo, aporta una visión desde la reconstrucción de la memoria de una de las protagonistas de la fotografía de Colita, La Trini, la primera que aparece a la derecha con el brazo en alto. Sergio lleva años investigando sobre esta mujer trans gallega que se vio obligada a emigrar en los años setenta a un lugar en el que poder simplemente respirar. Considero que traer a una de las protagonistas de la fotografía de Colita es la mejor forma de cerrar la reflexión que desde este libro hemos querido plantear para la comprensión de esta imagen.

Entre las personas que había en aquella manifestación, un joven guiri norteamericano de paso por Barcelona participaba absolutamente emocionado. Se trataba de Cleve Jones, un joven que al regresar a San Francisco se convertiría en la mano derecha del activista más importante por los derechos LGTB de aquel país, el famoso Harvey Milk. En la oscarizada película de Gus Van Sant, se haría un homenaje directo a ese momento que vivió en sus propias carnes el propio Cleve; su relato de cómo fue lo que vivió en Barcelona infundió esperanza en la lucha por los derechos en su país.

> En 1977 estuve en la primera manifestación pública del nuevo movimiento de liberación gay en España. Fuimos brutalmente atacados por esas tropas especiales con sus uniformes de la guerra de las galaxias disparándonos esas enormes pelotas de goma. Fue un altercado muy violento y lo que nos salvó fue esa combinación de furia y humor amanerado que había en el aire, en esas reinas arrojándose contra los policías. Así entendí que formaba parte de un movimiento global que tenía el poder de transformar la sociedad, de oponerse a que nuestra experiencia fuera de gueto. [...] Y me di cuenta de lo que quería hacer: ser parte de todo aquello.

Como Genet, Cleve Jones estuvo allí formando parte de aquel grito en esas Ramblas que deberían ser por siempre sinónimo de lucha y libertad, de ruptura y justicia, de valentía y visibilidad, de amor por la vida y osadía para vivirla. Las Carolinas o las travestis que retrató Colita ya son parte de un pasado que es necesario revivir y reivindicar ahora más que nunca para recordar que todos los derechos y las libertades de los que disfrutamos en un país democrático y avanzado se han conseguido gracias a las luchas de personas y colectivos organizados que no tuvieron miedo a exponer sus reivindicaciones en el espacio público. Hoy en día debemos cuidar su memoria como el gran tesoro que nos han otorgado a través de sus sacrificios, de sus vidas, en muchas ocasiones. Un legado que solo tiene sentido venerar si seguimos trabajando sobre la solidez de lo conseguido y en fortalecer su evolución en favor del sueño de una sociedad verdaderamente libre y digna.

REPRESIÓN, MOVILIZACIÓN Y VISIBILIDAD LGTBIQ+

FRANQUISMO, POSFRANQUISMO Y TRANSICIÓN

Rafael Villena Espinosa

Soy homosexual, y me parece del todo decadente el afán de ofendernos. Mire, ya estamos demasiado metidos en el fango para que ustedes, desde una revista que me parece con posibilidades, contribuyan a hundirnos un poco más. Grito, y seguiré gritando hasta el fin de mis días, que no es piedad lo que necesitamos, que no es caridad lo que pedimos. F. G. L. Andalucía.

(«Cartas al director», *Gaceta Ilustrada*, 16-5-1976)

Podría pensarse que llegábamos tarde, una vez más, en comparación con nuestro entorno occidental, pero aquel 26 de junio de 1977 miles de personas sí que se incorporaron al curso de la Historia: se hicieron visibles en las Ramblas de Barcelona y gritaron contra la indignidad del franquismo. Había muerto el dictador, pero su régimen seguía muy vivo en España, alejada entonces de cualquier parámetro democrático con el que pudiera compararse. Los orígenes del llamado *orgullo gay* son conocidos y nos conducen hasta Nueva York. El 28 de junio de 1969, la clientela homosexual del pequeño bar Stonewall Inn plantó cara al acoso policial al que se les sometía de manera constante, contagiándose la acción rebelde por el barrio en modo de altercados diversos entre el vecindario y las fuerzas policiales. Si somos rigurosos no era el primer incidente en el país, ya se habían producido algunos roces de diferente calado en Los Ángeles, Filadelfia y San Francisco en los años previos, desde finales de los cincuenta. Pero lo del Stonewall fue el enfrentamiento de mayor repercusión. Un año después, miles de neoyorquinos se lanzaron a la calle para recordar lo que había pasado. También se produjeron manifestaciones y concentraciones, más o menos populosas, en otras ciudades norteamericanas. Nacía en aquel verano del setenta oficialmente el *orgullo gay* como actitud reivindicativa y como un hito simbólico para la memoria LGTBIQ+*. Se trataba de luchar por unos derechos básicos y a favor de la igualdad. A fin de cuentas, se reivindicaba la mera existencia.

En 1970 la situación de España era otra. Sin querer caer en el manido lugar común de la singularidad

* Aunque soy consciente del anacronismo académico en el que incurro al usar las siglas LGTBIQ+ para analizar unos años en los que no existía tal acrónimo, lo hago conscientemente para visibilizar, en un presente inquietante para la diversidad sexual (2025), al mayor número posible de personas que sufrieron la represión franquista y posfranquista en España.

hispana, lo cierto es que aquel año el régimen daba una vuelta de tuerca a su sistema represivo contra la disidencia sexual y de género con la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social. Los contextos internacionales eran asimétricos, pues el reguero reivindicativo se extendía por Francia, Inglaterra e Italia en 1971 y, algo después, en 1973, se daba otro paso desde Estados Unidos con la despatologización de la homosexualidad por parte de la American Psychiatric Association (APA). Sin embargo, la regresiva ley franquista provocó el primer rechazo público a las prácticas homófobas, ya que Armand de Fluvià y Francesc Francino, bajo seudónimo ambos, promovieron varios escritos contrarios a la aprobación del proyecto legislativo. De ahí surgió un seminal intento de asociacionismo gay en nuestro país.

Así pues, mi intención es trazar brevemente algunos de los perfiles que ayudan a comprender mejor el contexto en el que hizo Isabel Steva, *Colita*, su maravillosa fotografía y que van desde la dura represión hasta la visibilidad igualitaria.

REPRESIÓN

La Ley de Peligrosidad no generó el marco punitivo del Estado; este se había construido tras la Guerra Civil sobre la base del asfixiante sentido de la masculinidad. Como en tantas cosas, el franquismo fue escasamente innovador en su discurso y, por el contrario, se apropió de la Ley de Vagos y Maleantes de la Segunda República para sumarle, en 1954, la específica penalización sobre la homosexualidad, una suerte de cheque en blanco con el que los jueces podían aumentar su función represiva. De ahí se derivó la creación de un auténtico campo de concentración bajo la eufemística denominación de Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía (Lanzarote), operativo entre 1955 y 1966, cuando ya se atisbaban los mimbres de un desarrollismo que trajo crecimiento económico a la par que importantes desigualdades regionales y sociales. Actualmente, el espacio arquitectónico que se había levantado sobre un antiguo aeródromo cumple la función de albergue juvenil y ha sido resignificado como homenaje al incierto número de hombres que sufrieron aquel infierno. Igualmente, ha sido recuperado para la memoria colectiva en forma de serie televisiva a partir del relato escrito por uno de sus presos, Marcos Ruiz (*Las noches de Tefía*, Atresplayer, 2023, Miguel del Arco). Cuando las puertas de Tefía se cerraron siguió funcionando otro campo de concentración, la colonia penitenciaria de Nanclares de Oca (Álava), entre cuyos muros se encerró a más de cinco mil personas, no todas ellas homosexuales.

El giro normativo de 1970 añadió un supuesto matiz de reinserción, una pátina caritativa, ya que incorporaba la expresión *rehabilitación social*. Sin embargo, detrás de ello se escondía un significativo fortalecimiento de la represión dirigida igualmente a vagos, proxenetas, ebrios y toxicómanos, con quienes se nos equiparaba en la taxonomía. Debe recordarse hoy la dureza de esta violencia física y simbólica en los actuales tiempos de revisionismo *tiktoker* sobre una dictadura que empezó y acabó llenando cárceles. Por otra parte, en la aplicación de las leyes, hubo una descompensación de clase, ya que las prácticas homosexuales rara vez conducían a prisión a individuos de las elites. La documentación judicial es reveladora en este sentido, como también lo es a la hora de captar los mecanismos cómplices de la acción policial y su agresivo empeño en el arrepentimiento culpable de los detenidos.

El entramado coercitivo del franquismo no solo contaba con la complicidad impagable de jueces y policías para desplegarse por todo el territorio español. Algunos psiquiatras brindaron argumentos supuestamente científicos con los que cimentar la consideración enfermiza de la homosexualidad y poner sobre el tapete los peligros para la nación —siempre la nación— que representaban sus conductas. Los textos, por ejemplo, de Valentín Pérez Argilés y de Lorenzo Frutos Carabias apuntaron en esa dirección, así como la aplicación de terapias aversivas practicadas en centros hospitalarios y manicomios. Descargas eléctricas, inyecciones de apomorfina inductoras del vómito y otras torturas pretendían erradicar en el supuesto enfermo su atracción por las personas del mismo sexo. Juan José López Ibor había publicado en 1974 su asombro ante la posibilidad de que la asamblea general de la APA ratificara la antes citada decisión de borrar las conductas homosexuales de su catálogo de trastornos mentales. Todo un posicionamiento en contra de las corrientes internacionales y, a la vez, en línea con la dictadura.

Dentro del sistema carcelario de los años setenta hubo dos penales dotados de galerías específicas para estos supuestos delincuentes. El de Badajoz se especializó en los activos y el de Huelva en los pasivos, después de que un médico forense los clasificara según los relatos de las confesiones o meramente por su actitud. Al revisar las fuentes cuesta entender cómo podían detectarse los roles sexuales con tal sencillez externa. Allí acabaron miles de españoles, aunque las cifras son solo estimaciones de los expertos a partir de los expedientes judiciales y de testimonios orales tan valiosos como el de Antonio Ruiz. Denunciado con 17 años por una familiar, sufrió cárcel y destierro. En 2009 fue el primer homosexual a quien el Estado español indemnizó. Le concedieron 4000 euros por una condena que se le aplicó siendo menor de edad. Conviene poner nombres en el relato histórico para que las fuentes y las cifras no oculten el rostro humano.

Esta represión específica cesaría formalmente en enero de 1979, año de elecciones democráticas en la frágil transición española. La recién aprobada Constitución ensalzaba derechos básicos como la igualdad, difícilmente compatible con encarcelar a los gais por vivir conforme a sus deseos. Pero la reforma de la Ley de Peligrosidad tuvo un recorrido nada fácil. La proposición fue presentada en diciembre de 1978 por el PSOE (específicamente por el grupo parlamentario de los socialistas catalanes) como principal partido de la oposición frente al Gobierno de Adolfo Suárez. Sin votos en contra, el Congreso aprobó la eliminación de la homosexualidad como supuesto delictivo, pero la palabra ni se mencionó en el debate parlamentario y no aparece, por lo tanto, en el diario de sesiones. ¿Sorprendente esta invisibilidad?

Se borraron los contornos más rotundos de la represión franquista, ya en el posfranquismo y con las reticencias de la UCD, pero no cesó la violencia institucional y simbólica contra las personas del colectivo, singularmente contra las personas transgénero. En realidad, siguió usándose un resorte legal, el del escándalo público —tipificado como delito en el Código Penal de 1944 y en su actualización de 1973—, que servía como paraguas normativo para policías, fiscales y jueces, especialmente en la persecución de la prostitución masculina y trans. Habría que esperar a 1988 para que dicho delito desapareciera del Código Penal, gracias a una iniciativa parlamentaria de Izquierda Unida presentada en marzo del año anterior. Fue Nicolás Sartorius quien defendió la necesidad de eliminar este precepto por su carácter anacrónico y represivo, residuo de un nacionalcatolicismo absolutamente contrario al espíritu de la Constitución, en cuyo marco se volvía a apelar. Recordemos la cronología: Felipe González llevaba seis años en el Gobierno.

A propósito de esta implicación de la izquierda en dos cuestiones tan trascendentales conviene matizar que tanto diversos partidos comunistas extraparlamentarios (Liga Comunista Revolucionaria y Organización Comunista de España-Bandera Roja, por ejemplo), como los grupos anarquistas e, igualmente, algunos militantes del PCE estuvieron, desde el primer momento, más comprometidos con la causa igualitaria que los socialistas, a quienes les costó un tiempo asumir una agenda igualitaria para el colectivo. Ciertos dirigentes fueron escasamente empáticos o, incluso, manifestaron opiniones más bien homófobas. Podría ser el caso del fundador del Partido Socialista Popular, Enrique Tierno Galván, quien hablaba, por ejemplo, de la necesidad de corregir la homosexualidad en el marco de una sociedad sana y se refería a las parejas hombre-mujer como las únicas válidas para liderar la revolución (1976-1977). Las acciones del PSOE más cercanas en el tiempo y, en especial, el rotundo compromiso de Rodríguez Zapatero con la aprobación del matrimonio igualitario (2005) no deben opacar un pasado quizás menos claro en el posicionamiento socialista.

MOVILIZACIÓN Y VISIBILIDAD

La irrupción en la calle —en las Ramblas, aquel verano del 77— no llegó de repente, sin una mínima experiencia previa. Es de justicia, en primer lugar, recuperar la memoria de Torremolinos. La localidad malagueña había atraído el turismo internacional desde principios de los sesenta. Poco a poco, además de las divisas, circulaban ideas sobre relaciones sexuales más abiertas que las impuestas por la moral católica del franquismo. «Invertidos» extranjeros y nacionales empezaron a relacionarse en bares de ambiente ubicados en el Pasaje Begoña o en torno a lugares de *cruising*. Se sabía y se hacía la vista gorda en parte porque las autoridades locales no querían cortar esa fuente de ingresos, aunque existía vigilancia y alguna que otra detención periódica. Pero la tolerancia disimulada acabó cuando el gobernador civil, Víctor Arroyo, ordenó el 24 de junio de 1971 una macrooperación policial contra estos locales de ocio. La intervención se saldó con más de cien personas detenidas, entre extranjeros (luego deportados) y nacionales (algunos encarcelados). Muchos locales fueron multados y clausurados, incidiendo así en la decadencia turística de la población malagueña. Hay quien lo considera el «Stonewall español», quizás de manera exagerada, pero, ciertamente, se convirtió en un lugar de memoria para la visibilidad y la lucha del colectivo, un hito en su recorrido histórico. Junto a otras pequeñas localidades costeras como Sitges, meca del turismo gay donde se practicó una redada de «violetas» en los carnavales de 1973, y junto a capitales como Barcelona, Torremolinos había sido capaz de ofrecer una alternativa de vida a personas procedentes del mundo rural, en una suerte de *sexilio* forzado. Obviamente, también Madrid ha desempeñado a lo largo de la historia este papel de refugio.

En otra dinámica, pero en el mismo contexto temporal, hay que considerar la organización ya apuntada de un seminal fenómeno asociativo liderado por Armand de Fluvià desde 1970. Su activismo contra la Ley de Peligrosidad se tradujo paralelamente en la creación de la Agrupación Homófila para la Igualdad Sexual. Esta primera red dio paso en 1971 al clandestino Movimiento Español de Liberación Homosexual (MELH), pequeña organización que emulaba al Gay Liberation Front estadounidense y que contó con el apoyo del grupo francés Arcadie. Consiguió sacar a la calle una publicación, *Aghois*, en cuyas páginas colaboraron intelectuales de la izquierda catalana. El boletín se editó entre 1972 y 1973, y llegó a lanzar 18 números, pero estuvo sometido a una fuerte vigilancia policial que también acabó debilitando al MELH a pesar de los intentos de organización en otras ciudades como Madrid y Bilbao.

A partir de 1975 la red se reforzó y dio paso a una nueva asociación, el Front d'Alliberament Gai de Catalunya. El FAGC adoptó una identidad más política, incluso catalanista, y se convirtió en un agente principal para entender la evolución del movimiento durante los años del posfranquismo. En el manifiesto fundacional hay apelaciones a la lucha de clases, a la situación del proletariado y al proceso revolucionario. El Front fue clave en la organización de la conocida manifestación barcelonesa fotografiada por Colita y en cuya pancarta de cabecera podía leerse «*Nosaltres no tenim por, nosaltres som*», una primera persona plural sin marca de género en catalán.

Como se ha visto antes, en esos años todavía no se ha construido plenamente el marco de libertades de la Transición y fue preciso, en primer lugar, pelear la legalización del FAGC, lo que costó una década conseguir dada la oposición de la UCD. Contó, por el contrario, con el apoyo de la izquierda catalana vehiculada tanto a partir de adhesiones individuales como desde muchos ayuntamientos. Antes de la legalización, el FAGC había sufrido una doble escisión: por un lado, el sector más radical fundó la Coordinadora de Col·lectius per l'Alliberament Gai y, por otro, las lesbianas confluyeron en la Coordinadora Feminista de Catalunya. Este desmigajamiento anunciaba, especialmente en el caso de las mujeres, un desencuentro estratégico

e ideológico que duró años y que solo se empezó a recomponer, a redefinir ciertamente, durante los años más duros de la pandemia del sida, cuando las lesbianas encabezaron una ola de solidaridad con sus amigos enfermos en todo el mundo.

La existencia del FAGC y su proselitismo favoreció la creación de organizaciones reivindicativas por el territorio español, muestra palpable de que algo se estaba moviendo en los primeros años de la Transición, aunque su vida fuera azarosa y el número de militantes, reducido. Así, en Bilbao, un grupo de personas vinculadas al movimiento vasco de liberación impulsó en 1977 la creación del Euskal Herriko Gay-Les Askapen Mugimendua. En Madrid cuajaron ese mismo año tres colectivos, todos ellos disueltos antes de cumplirse un año, aunque en 1978 se constituyó una nueva organización, el Frente de Liberación Homosexual de Castilla. Este grupo sacó a la luz publicaciones, sugestivas y provocadoras, como *La ladilla loca*. En Valencia y Andalucía también se organizaron grupos entre 1976 y 1979: Front d'Alliberament Homosexual del País Valencià y Moviment d'Alliberament Sexual del País Valencià (con nexos en la izquierda extraparlamentaria y diversos movimientos sociales valencianos); Unión Democrática de Homosexuales (Málaga) y Movimiento Homosexual de Acción Revolucionaria (Sevilla, que organizó una primera manifestación del Orgullo en la capital andaluza en 1978). La temprana geografía del activismo debe incluir también a Canarias: los pioneros fueron Homosexuales Unidos Canarios (1977); la primera concentración contra las leyes represivas promovida por los integrantes del Partido Democrático de Homosexuales de la Región Canaria (1978); y, finalmente, el Colectivo Canario de Hombres y Mujeres Homosexuales, creado en 1979. Así pues, las islas no están únicamente vinculadas a la colonia de Tefía. Faltan nombres, no están todos de los que hay algún testimonio, pero son representativos de la efervescencia asociativa desplegada en el posfranquismo.

En los trabajos publicados sobre la movilización se entresaca una serie de rasgos comunes de estas organizaciones. En primer lugar, se trataba de colectivos pequeños y con tendencia al decrecimiento a partir de 1979. Además, se caracterizaron por su fuerte apuesta asamblearia, aunque con el tiempo los cargos orgánicos (presidente o secretario general) acabaron por concentrar el poder, lo que generó ciertas tensiones. En tercer lugar, compartieron líneas ideológicas basadas en la liberación sexual, la crítica al patriarcado y al sistema de clases, formulando plataformas reivindicativas de carácter más o menos revolucionario y utópico. En cuarto lugar, la representación de las mujeres lesbianas fue escasa y, aunque inicialmente se buscó un movimiento mixto, muchas de ellas se integraron en el feminismo a partir de 1978, como ya se ha apuntado. Por último, estas organizaciones se vieron atravesadas por conflictos internos, tanto generacionales como derivados de distintas sensibilidades políticas dentro de la izquierda radical.

Más allá de su tamaño, estos grupos consiguieron romper en el posfranquismo con el doble paradigma de la persecución y la invisibilidad social al que habían sido condenadas las personas homosexuales y transgénero. A ello igualmente contribuyó su presencia en manifestaciones que las organizaciones de izquierda promovían a favor, por ejemplo, de la amnistía, de las realidades plurinacionales o de una libertad de expresión sin cortapisas. El FAGC acudió a muchas de estas protestas con sus propias pancartas y generó de este modo un nexo bidireccional con comunistas y anarquistas que apoyaron, a su vez, la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social.

En otro orden de cosas, puede aportarse la presencia de iniciativas periodísticas y manifestaciones culturales. Ocupa un lugar preeminente la revista *Party*, nacida simplemente como magacín de espectáculos y que progresivamente empezó a dirigirse al colectivo con la inserción de desnudos masculinos desde 1979, así como anuncios de bares u otros lugares de encuentro. Era el tiempo del destape, tan identificable con otras revistas —*Interviú*, por ejemplo—, en cuyas páginas se abordó, a veces desde el más puro sensacionalismo, asuntos de la vida LGTBIQ+. *Party* dejó de publicarse en 1985 y casi cuarenta años después Los Doscientos (grupo editorial liderado por Rafael Doctor) le dedicaba un merecido homenaje al cuidado de Juan Sánchez y Valeria Vegas (2017).

A través de la gran pantalla llegaron mensajes contradictorios. La orientación de la película *No desearás al vecino del quinto* (Tito Fernández, 1970) reproducía todos los tópicos sobre la homosexualidad; en cambio, *Los placeres ocultos* (Eloy de la Iglesia, 1977) lanzaba el tema a los cines desprovisto de esa cultura homófoba que transpiraba el landismo. *Cambio de sexo* (Vicente Aranda, 1976), *Un hombre llamado Flor de Otoño* (Pedro Olea, 1978) u *Ocaña, retrat intermitent* (Ventura Pons, 1978) son otras muestras de esa ruptura con el paradigma cinematográfico heredado.

Tampoco podemos olvidar el cómic más alternativo, como las historietas de Nazario o la edición en España de Tom de Finlandia, que trasladaron a este soporte la visión del erotismo homosexual.

Indirectamente, la visibilidad aparecía, además, por medio de revuelos noticiosos como el del carmelita Antonio Roig Roselló. Su novela *Todos los parques no son un paraíso. Memorias de un sacerdote* llegó a la final de los premios Planeta en su edición de 1976 y provocó que fuera suspendido *a divinis* en la orden religiosa de los descalzos. La Iglesia, fiel aliada de la dictadura en sus orígenes y de la cual no se apartó sino parcialmente en el tardofranquismo, desplegaba en casos así todo el arsenal antihomosexual. Desde luego, el relato acerca del *pecado nefando* estimuló durante décadas el rechazo social a una forma de vida. No en vano, de los dieciocho ministros del Gobierno que aprobó la reforma de la Ley de Peligrosidad once eran del Opus Dei.

Con el cambio de década se percibe, según los expertos, una significativa disminución del activismo hasta mediados o, incluso, finales de los ochenta. Se había ganado terreno legal, se estaban configurando espacios urbanos seguros y crecía el número de locales para el ocio o para el sexo. Ello redundaba en un agotamiento reivindicativo debido a la sensación de haber alcanzado el techo mínimo para vivir de otro modo. Pero los inicios de los ochenta trajeron, a la vez, la peor de las pesadillas, la pandemia

del VIH/sida, con sus riadas de sufrimiento y muerte, así como la rápida construcción de un estigma que arrasaría gran parte del terreno ganado. Ese impacto y la resurrección posterior del movimiento o su enriquecimiento poliédrico con las nuevas generaciones serían objeto de otro texto.

DEUDAS

Es evidente que la producción historiográfica sobre el colectivo LGTBIQ+ ha avanzado notablemente en las últimas décadas. La bibliografía sobre franquismo, posfranquismo y Transición que aparece al final de este texto da buena cuenta de ello. Existen excelentes trabajos de investigación y de divulgación, ya sean libros monográficos o artículos en revistas especializadas; elaborados por historiadores, sociólogos o periodistas y con resortes teóricos sólidos, pero sigue existiendo una deuda global. Las referencias sobre la represión de estas personas y sobre la movilización que los empujaba a conseguir la igualdad son escasas en los libros de síntesis, manuales y demás obras de referencia que tanto abundan últimamente, sobre cualquiera de los subperiodos citados o sobre la historia contemporánea de España en general. Como muestra, un botón: el periódico digital *elDiario.es* publicaba en septiembre de 2025 un interesante especial monográfico titulado «La Transición. La democracia no la trajo el rey, se ganó en la calle». Puede intuirse fácilmente la tesis central de la publicación que, sin embargo, solo incluye una vez el término *homosexual* y otra el acrónimo del colectivo. ¿De verdad tan escasa es la contribución a las libertades en España de tantas personas que se dejaron la piel por el camino? No dudo del compromiso ético que tiene el buen periodismo, pero, en este caso, es irrelevante el papel que se concede a dicha movilización. La muestra podría extenderse a textos más académicos con similares resultados.

Sin embargo, este volumen sí salda una deuda, una deuda doble: con la fotógrafa que inmortalizó aquella manifestación de junio de 1977 y con las personas que la protagonizaron, jugándose ser detenidas simplemente por estar ahí. Es necesario, pues, ayudar a construir una historiografía más plural y poliédrica. Con razón, algunas historiadoras feministas reclaman la reordenación cronológica de la Época Contemporánea porque la Revolución Francesa no significó ningún cambio relevante en la vida de las mujeres. Otro tanto podría decirse con la transición española que para el colectivo no pudo empezar mientras seguía en vigor la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social con la tipificación delictiva de la homosexualidad, ni tampoco mientras se aplicaba discrecionalmente el escándalo público contra las personas sexualmente disidentes.

Es cierto que la ausencia y dispersión de las fuentes dificulta la investigación en muchos casos, pero la deuda historiográfica es también con el mundo rural. España no es Madrid, Barcelona, Valencia… ¿Cómo se vivieron, reprimieron o *autorreprimieron* la homosexualidad y las diferencias de género en estos entornos? Si la hostilidad estaba presente en las grandes capitales durante el franquismo y la Transición, quien lea estas páginas puede, tal vez por un instante, trasladarse a un pueblo del interior. La soledad debía de ser inmensa, casi tanto como la llanura manchega. Aun así, existieron espacios seguros y fenómenos asociativos que esperan ser rescatados algún día.

BIBLIOGRAFÍA**

Arnalte, Arturo. *Redada de violetas: la represión de los homosexuales durante el franquismo*. Editorial Eagles, Madrid, 2021.

Baidez, Nathan. *Vagos, maleantes… y homosexuales: la represión a los homosexuales durante el franquismo*. Malhiver, Barcelona, 2007.

Calvo, Kerman. *¿Revolución o reforma? La transformación de la identidad política del movimiento LGTB en España, 1970-2005*. CSIC, Madrid, 2017.

Chamouleau, Brice. *Tiran al maricón: los fantasmas «queer» de la democracia (1970-1988), una interpretación de las subjetividades gais ante el Estado español*. Ediciones Akal, Madrid, 2017.

Cuevas, Javier; Néstore, Ángelo (eds.). *Cruising Torremolinos: cuerpos, territorio y memoria*. Tirant Humanidades, Valencia, 2022.

Fernández, Javier. *Gestos en la noche: represión, erotismo y sociabilidad LGTB+ (1971-1979)*. Universitat de València, València, 2025.

Fernández, Javier; Huard, Geoffroy. «La homosexualidad masculina desde el franquismo a la actualidad: violencia estatal, formas cotidianas de visibilidad y políticas culturales», en Francisco Vázquez (ed.), *Historia de la homosexualidad masculina en España*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2025, pp. 193-234.

Gómez, Iván. «La despenalización identitaria y la amnistía política masculina en la España de la Transición democrática: movimiento feminista y LGTB», en *Arenal: Revista de historia de las mujeres*, vol. 25, núm. 2 (2018), pp. 425-442.

Huard, Geoffroy. *Los antisociales. Historia de la homosexualidad en Barcelona y París, 1945-1975*. Marcial Pons, Madrid, 2014.

Huard, Geoffroy. *Les gays sous le franquisme. Discours, subcultures et revendications à Barcelone, 1939-1977*. Éditions Orbis Tertius, Paris, 2016.

López, Pau. *El rosa en la senyera: el movimiento gay, lesbiano y trans valenciano en su perigeo (1976-1997)*. Universitat de València, València, tesis doctoral, 2018.

López, Raúl. *Del gueto a la calle: el movimiento gay y lesbiano en el País Vasco y Navarra, 1975-1983*. Tercera Prensa, San Sebastián, 2008.

Martínez, Ramón. *Lo nuestro sí que es mundial. Una introducción a la historia del movimiento LGTB en España*. Editorial Egales, Madrid-Barcelona, 2016.

Mora, Víctor. *Al margen de la naturaleza. La persecución de la homosexualidad durante el franquismo. Leyes, terapias y condenas*. Debate, Barcelona, 2016.

Mora, Víctor. «Ciencia, política y sexo: la homosexualidad durante el franquismo según sus textos», en *La manzana de la discordia*, vol. 14, núm. 1 (2019), pp. 37-49.

Olmeda, Fernando. *El látigo y la pluma: homosexuales en la España de Franco*. Dos Bigotes, Madrid, 2023.

Subrat, Piro. *Invertidos y rompepatrias: marxismo, anarquismo y desobediencia sexual y de género en el Estado Español (1868-1982)*. El Imperdible, Madrid, 2019.

Trujillo, Gracia. *Deseo y resistencia: treinta años de movilización lesbiana en el Estado español*. Editorial Egales, Madrid, 2009.

Ugarte, Javier. *Una discriminación universal: la homosexualidad bajo el franquismo y la Transición*. Editorial Egales, Bacelona-Madrid, 2008.

Vallejo, César. *Nosotrxs somos,* Serie documental en 7 episodios, RTVE - playz. http://www.rtve.es/playz/nosotrxs-somos/, 2018 [consulta, octubre 2025]

Villena, Rafael. «50 años de orgullo. Un repaso escrito y visual por la historia del movimiento LGTBIQ+ en España», en *Vínculos de Historia*, núm. 9 (2020), pp. 475-497.

** Este texto no contiene notas textuales o al pie con referencias bibliográficas, pero hubiera sido imposible sin las lecturas que se incluyen a continuación. Faltan muchas referencias porque no pretendo hacer un catálogo ni un estado de la cuestión, solo recomendar algunas lecturas para quien quiera seguir ahondado, esencialmente en lo relativo a la represión y a la movilización.

¡MILAGRO, VEO!

LA PRIMERA MANIFESTACIÓN GAY, LAS RAMBLAS, COLITA Y YO

Nazario

El 26 de junio, a la hora que habíamos acordado, llamaron al interfono y me asomé al balcón. Eran Ocaña y Camilo, que estaban preparados para asistir a la manifestación y me pedían que bajara para ir con ellos.

En aquella época vivíamos en la placita de Sant Josep Oriol frente a los muros de la basílica del Pi. Ese día no estaba la portera de la casa que solía aparcarse en la puerta del bar de al lado, el Teima, controlando la gente que salía y entraba en «su» casa. Posiblemente, al ser domingo por la tarde, no le tocaba trabajar, o quizás el bar estuviera cerrado. A Ocaña le tenía una manía virulenta: a menudo se enzarzaban a gritos, y en cuanto sonaba el interfono yo me apresuraba a abrirle la puerta. Estaba claro que no podía ver a Ocaña y este casi la temía. Las palabras *maricones* y *drogadictos* salían de su boca como culebras y nunca supe a qué se debía esa manía suya contra los maricones, cuando los dueños del bar Teima se pasaban todo el año cosiendo encajes, tutús y miriñaques para exhibirlos en el baile de carnaval de La Paloma. Tanto ellos como Juanito, el dueño del bar de transformistas Las Cuevas, competían en lucir modelos copiados del vestuario de *My Fair Lady*. El caso es que ella se ponía a gritar como una energúmena —«¡Maricones!», «¡Drogadictos!», y otros insultos parecidos— y Ocaña solía responderle, eso sí, con comedimiento: «Cállate ya, loro, vieja bruja, métete la lengua por el culo». Pero resultaba curioso que Ocaña, con todo su desparpajo y lengua suelta, se achantara ante la impertinencia y los gritos de aquella cancerbera. Al final, aquella mujer, a la que posiblemente los maricones le hacían gracia, pero no así Ocaña ni los amigos que subían al piso «con aquellas pintas de drogadictos» —le comentaba a Carlos, del Teima—, debió de disfrutar al ver que «su» casa se transformaba durante unas cuantas noches en la vivienda de José Sacristán, que en ese momento rodaba la película *Un hombre llamado Flor de Otoño*.

Asomados a los balcones, nosotros también disfrutamos durante el rodaje, y nos partíamos de risa al ver las dificultades del actor para andar con tacones altos. De todas formas, las entradas en casa de grupos de gente armados con aparatos de vídeo, trípodes y focos era algo frecuente: desde Fernando Huici, para entrevistarnos para el programa *Trazos* y los del equipo de Vídeo Nou para rodar actuaciones de Camilo y Ocaña, hasta una improvisada orgía con amigos y amigas que habían venido a ver el rodaje. ¡Si la portera hubiera sabido que los chicos jóvenes que un día comenzaron a subir a la casa lo hacían para posar desnudos con las pollas empalmadas ante la cámara fotográfica de Pepichek, nos habría denunciado a la policía!

El supuesto director de una hipotética revista gay cuyo número cero debía aparecer un día en los quioscos, le había encargado a Pepichek que fotografiara a los jóvenes chaperos que él iba enviando. Había montado el plató en la sala de estar, junto a la kentia. Yo dibujaba en la habitación de al lado y de pronto veía aparecer a Pepichek con cara de fastidio, haciéndome señas de que de nuevo al chico se le había bajado la polla y debía esperar a que se masturbara para ponérsela dura de nuevo. De pronto, se oía la voz del chico diciendo que ya estaba listo y Pepichek se apresuraba a entrar otra vez y seguir haciéndole fotos.

Ocaña contaba que había estado en una comida de la gente del FAGC (Front d'Alliberament Gai de Catalunya) y que allí se había sentido como la Pasionaria de los maricones. Para asistir a la manifestación, Ocaña se había vestido como a ella le gustaba y como ella pensaba que debía ir embanderada una Pasionaria libertaria, pero, ante todo, una emperatriz, no a una manifestación gay cualquiera, sino a la primera manifestación gay que se celebraba en España. José Luis, un argentino de ojos celestes que tenía una mítica tienda de ropa y complementos de época en Els Encants, describía el modelo que le había vendido a Ocaña y con el que este se había ataviado para acudir a la manifestación como un vestido largo de tafetán amarillo forrado de blonda negra que llevaba al cuello una cinta de terciopelo negro que sujetaba, a su vez, un ramo de flores de tela. Este mismo modelo también lo luciría en la escena del cementerio en su película y en una de las noches de las Jornadas Libertarias. Maquillada como una máscara de *kabuki*, se aferraba al brazo de un frágil, estilizado y etéreo Camilo, que vestía de «chico», tocado con una mascota blanca.

«No, nenas, todavía es temprano —debí de decirles—, id vosotros para las Ramblas que yo he quedado con Maite y saldremos más tarde». Y era verdad que había quedado con mi amiga; no obstante, yo, que había salido infinidad de veces con ellos disfrazado con cualquier trapo que me hubieran facilitado, era de los maricones que pensaban que aquella primera manifestación era algo muy serio, trascendental. Además, cabía la posibilidad de que tuviéramos que enfrentarnos con la policía y salir corriendo —como de hecho ocurrió— y para esta eventualidad se requerían unos zapatos y una ropa cómoda.

Según se pudo saber después, la susodicha Pasionaria de los maricones decidió encabezar la marcha adelantándose en el tiempo a las alocadas mariconas de los *Pride* venideros, encaramadas en autobuses como reinas magas arrojando preservativos al público. Dicen que este atavío carnavalesco de Ocaña y la toma del encabezamiento de la manifestación por grupos de travestis no debió de ser del gusto de los guardianes del orden moral de la manifestación, que le pidieron a la Pasionaria que se escabullera y se mezclara con la multitud. Porque resultamos ser multitud entre maricones, lesbianas, travestis y una gran cantidad de heterosexuales solidarios que no tenían nada que ver con la política o que militaban en grupos de extrema izquierda. La prensa hablaba de entre cuatro mil y cinco mil asistentes. Curiosamente, esta reacción airada y retrógrada de las machas bigotudas como yo, pero con derecho a veto —a las que con tanta ironía retrataría el dibujante Copi—, fue idéntica a la que manifestaron las encueradas francesas que terminaron por relegar a las *gazolines** a la clandestinidad para dar una idea, ante el respetable público que observaba estupefacto en las aceras, de que no todos los homosexuales eran como esas mariquitas amaneradas de las que ellos se burlaban, sino que a cualquier persona de aspecto «normal», a cualquiera que estuviera mezclado con el público, podía gustarle la gente de su mismo sexo. Luego vendrían las protestas, las escisiones, las «tú a Boston y yo a California», y los «donde dije FAGC, digo CCAG (Coordinadora de Col·lectius per l'Alliberament Gai)»; o vosotros, al año siguiente, os encerráis en una iglesia para protestar por la prohibición de la manifestación y nosotras nos vamos a las Ramblas pase lo que pase. Por supuesto nosotros nos apuntamos desde el primer momento, y desde los primeros estriptis en el Saló Diana, al grupo escindido en el que reinaban las travestis y las locas más locas.

Aquella tarde subimos Rambla arriba hasta quedar en frente de un gran cordón policial al que únicamente le faltaban los caballos. Tras correr ante la policía Rambla abajo o andar un poco deprisa para escurrir el bulto y ver a algunos que se metieron en la cercana iglesia de Belén, acojonados por el ruido de los disparos de balas de goma, nos encontramos yo, de macha, acompañado de Maite, por un lado; y ellas tres, porque a Ocaña y Camilo se les había adosado un desconocido que se había cubierto la cabeza con una cortina de encaje blanco, por otro; ahítas de chupar cámaras a diestro y siniestro. Porque aquello estaba a tope de fotógrafos: estábamos los manifestantes, la policía, el público y los fotógrafos. Y cada fotógrafo enfocó lo que creyó más relevante.

Colita fue la auténtica heroína-fotógrafa de aquella manifestación. Estaba en su salsa, obstinada y guerrillera, entregada en cuerpo y alma para reflejar con todo detalle una manifestación que era «su» manifestación. Allí estaba ella delante de las pancartas, agachada, arrodillada, haciendo unas atrevidas tomas con unos contrapicados que daban a los manifestantes un carácter épico que recordaría a la imagen tan conocida de la película *Novecento*.

Los admirados Català-Roca o Francesc Colom abrieron las puertas a innumerables fotógrafos que inundaron los papeles impresos y las salas de exposiciones de Barcelona. En aquel año, 1977, los fotógrafos no daban abasto para alimentar de imágenes a los diarios y revistas que llenaban los quioscos. En junio, se celebró la primera manifestación gay; a finales de julio, se celebraron las Jornadas Libertarias; en agosto, tuvo lugar el primer festival de Canet Rock; en septiembre, la gran Diada constituyó un apoteósico acontecimiento; y así, se fueron sucediendo casi ininterrumpidamente una cadena de eventos que los fotógrafos tenían que cubrir. Revistas como *Interviú*, *Fotogramas*, *Party*, *Lib*, *Primera Plana*, *Cambio16* y *Tele/eXprés* exigían a sus fotógrafos novedosos reportajes para competir unas con otras, así como con los numerosos diarios. Agustí Carbonell o José María Espinosa ofrecerían sus reportajes de la manifestación a todo color, para la revista *Interviú*.

Cuando se me ocurrió echar mano a mi archivo repleto de «recuerdos», como la hormiguita coleccionista que he sido, con la idea de confeccionar el libro *La Barcelona de los 70 vista por Nazario y sus amigos*, me di cuenta de que había agujeros negros en la sección de fotografías. Yo había visto reportajes en muchas revistas, pero a mí no me bastaba con

* El término *gazolines* hace referencia al grupo proveniente del Front Homosexuel d'Action Révolutionnaire (FHAR) formado en París en 1972, que se caracterizaba por su provocación estética, ideológica, y sus juegos en torno al género [N. del E.].

reproducir en mi libro las escasas imágenes sacadas de las revistas y periódicos: soñaba con imágenes inéditas y carretes llenos de fotos espectaculares jamás vistas. Decidí contactar con aquellos fotógrafos cuyas fotos había visto publicadas para pedirles que me cedieran más imágenes, además de las que había visto en las revistas. Hubo dos o tres casos que me sirvieron para dar más lustre al libro. Por casa de Ocaña rodaba un ejemplar de una revista llamada *Primera Plana* en la que había un reportaje de esta primera manifestación del *77*. Un fotógrafo, para mí desconocido, se había hinchado a hacerles fotos a Ocaña y a Camilo quienes, ajenos a los manifestantes y rodeados de un público hilarante con una María de las Ramblas en una de sus borracheras habituales, habían montado uno de sus consabidos *shows*. De las siete fotografías que ilustraban el artículo, dos eran de travestis portando pancartas, una de policías y las cuatro restantes, una ocupando casi una doble página, eran de Ocaña y Camilo.

Yo tenía que encontrar a aquel fotógrafo que se llamaba Carlos Bosch costara lo que costase. Con la tenacidad que me caracteriza, removí todo lo que alcancé a remover dando con él en algún teléfono de Luxemburgo. Le hablé de mi proyecto y accedió amablemente a facilitarme unas copias. Una vez en Barcelona, hizo lo que harían muchos fotógrafos a los que pedí colaboración: dejaban los negativos en un laboratorio para que hicieran copias que luego yo recogía y abonaba. Luego supe que Carlos Bosch era un magnífico fotógrafo argentino exiliado, y contaba cómo aquel día la policía le había dejado señales de por vida con sus porras.

Encabezando la manifestación, para desesperación de algunos organizadores y comentarios críticos de algún periodista pejiguero, había numerosos travestis que se mostraban mucho más pasionarias que Ocaña. Ellas coreaban mucho más fuerte y con mayor entusiasmo las consignas: «Libertad sexual, amnistía total», «Abajo la Ley de Peligrosidad Social», «Presos a la calle, comunes también» o «Detrás de las ventanas también hay lesbianas y detrás de los balcones se esconden maricones». Había grandes pancartas del FAGC, y la famosa pancarta con la frase «*Nosaltres no tenim por, nosaltres som*». Conocidas travestis como La Mami, La Lali, La Chivenchi (como una valquiria aguerrida), La Estrella, La Pollo, La Tania o La Gina —me indica Estefanía Vidal, famosa cantante transexual, que en la manifestación aparece como un guapo joven que ya actuaba en salas de fiesta bajo el nombre de Francesco— y muchas otras se desgañitaban coreando los eslóganes y alguna hasta se atrevió a enfrentarse a la policía. Existen tres fotografías tomadas frente a uno de los arcos de acceso al mercado de la Boquería en las que un travesti a la que llamaban Úrsula, vestido con un conjunto estampado de leopardo, esgrime con intención de arrojarla contra la policía una base de paja para una corona floral de difuntos que debió de haber cogido de la trasera de algún puesto de flores. En otra foto, un policía la golpea con fuerza y, en la tercera, la Úrsula huye cabizbaja posiblemente sangrando.

El Cafè de l'Òpera era el lugar de encuentro de artistas de todo pelaje, unos más maricones que otros. Durante el invierno, el interior era acogedor y vistoso, con una entrada como una pasarela con mesas a los lados y un gran salón al fondo. Aún conserva, con sus espejos y pinturas *noucentistas*, ese mismo aire intemporal que impregnan otros bares del barrio como el Marsella o el London una vez desaparecido el American Soda. La terraza del Cafè de l'Òpera en verano era como la pasarela del interior, pero al aire libre, con todos los paseantes de las Ramblas a los que observar y por los que ser observados. Cuando en 1974 vivíamos en la especie de comuna de la calle Comerç, Josette, una estrambótica amiga que frecuentaba la casa me sugirió que posiblemente me encantaría conocer a dos andaluces artistas mariquitas muy graciosos a los que ya les había hablado de mí. Y allí, en el Cafè de l'Òpera, comenzó nuestra larga amistad. Cuenta Colita que, en mayo del *77*, por la feria de Sant Ponç, posiblemente también en el mismo café, conoció a los inseparables Ocaña y Camilo. Recordaba que Ocaña abrazaba un gran ramo de manzanilla en flor. Inmediatamente, se sintió abducida por la gracia, la ternura, la expresividad y las locuras de aquellos dos vistosos andaluces.

El ojo implacable de la avezada fotógrafa, que había sabido captar toda la expresividad de una Carmen Amaya o de unos flamencos intemporales como Juan Talega o la Fernanda y la Bernarda, se fijó en la pareja. Colita los llevó a su estudio y les hizo unas sesiones de fotos memorables. Ya antes, su curiosidad la había conducido a olisquear en la madriguera del artista, pero su desbordante imaginación debía de haber soñado con tenerlos a su merced en su estudio rodeados de sus cachivaches. La sesión que publicaría en el número 8 de la revista *Reporter* con el título: «Ocaña, el fetiche sevillano» nos da una muy somera idea de lo que fueron aquellas horas de exhibicionismo mutuo. Este número salió a mediados de julio, posiblemente tras haber finalizado el rodaje del documental *Ocaña, retrat intermitent*, realizado por el director de cine Ventura Pons.

En unas fotos aparece Ocaña solo. En otras, aparecen ambos, desnudos, con un sobrio mantón de Manila por los hombros, cabizbajos, apoyados uno en otro como dos seres solitarios, pero atados por lazos invisibles de dependencia y ternura. Y en otras, un delicado Camilo, cubierto solo con un delantal, empuña una fusta haciendo como que azota el hermoso culo de Ocaña que, apoyándose sobre un taburete, mira la fusta intentando poner cara de asombro, pero en los ojos y en la falsa expresión de la boca se adivina risa contenida ante la ridícula situación.

Colita debió de divertirse de lo lindo haciéndolos posar en unas largas sesiones llenas de humor e ironía. Me la imagino muerta de risa, pero intentando mostrarse profesional, contemplando aquel espectáculo antisadomasoquista que haría que un Molinier se descojonara; y hasta puede que se hiciera una paja ante tamaña mariconada. Cambiando al color, Colita rizaría el rizo valiéndose de un enorme decorado de encrespadas olas con un barco desmantelado a lo lejos. De nuevo el humor: Ocaña posa con un vestido blanco estampado, gafas de sol y una enorme pamela negra; la mano sobre los ojos mirando a una lontananza inexistente mientras Camilo, desnudo y sentado sobre las sobras del telón de olas encrespadas, con unas flores en la cabeza y grandes collares

al cuello, que le daban aspecto de bailarina polinesia, parece ajeno a su entorno. Más ajeno aún, mostrando solo un culo huesudo asomando en el suelo tras los faldones de una ropa de camilla, aparece en otra serie en la que Ocaña, vestida de señorona con un coqueto gorrito, toma el té delicadamente iluminada por unas bellas vidrieras modernistas de una casa burguesa del Eixample.

Ya en 1982, la fotógrafa dedicaría un gran reportaje al traslado que hicimos de las figuras de papel maché —los angelotes, las lunas y las vírgenes— acompañados por un grupo de músicos amigos desde la plaza Real hasta el antiguo Hospital de la Santa Creu, en donde Ocaña celebraría su apoteósica exposición *La primavera*. De la entrañable amistad que Alejandro y yo mantuvimos con Colita conservamos durante años una bellísima datura roja de su jardín que nos regaló y una cariñosa sesión de retratos, solos o en pareja, que nos hizo un día en la terraza de casa y en la escalera.

En Barcelona pudimos disfrutar de una magnífica retrospectiva que se hizo en La Pedrera —*Colita, ¡porque sí!*—, en la que la comisaria Laura Terré hizo un repaso por toda su obra, incluyendo fetiches y recuerdos. Allí estaba todo el mundo cultural de una época: desde García Márquez hasta Terenci, Serrat, Herralde, Gil de Biedma o Elsa Peretti; no faltaba nadie de aquellos a los que se dio en llamar *Gauche Divine*. El mundo del espectáculo y el mundo de la calle vistos bajo el prisma de una mujer comprometida con su época, crítica, pero a la vez desbordante de humor y ternura. Colita era una vaca sagrada y cachonda que se metía en medio de una manifestación, no solo como reportera, sino como una manifestante más que se veía en la obligación de dejar constancia de lo que allí pudiera acontecer. En esta exposición se podían ver una decena de fotografías de la manifestación del *77* lo mismo que muchas de las pruebas realizadas en su estudio con el tándem Ocaña y Camilo. Pero a mí, como amante del mundo flamenco, me impactaron sus fotos del bar Pinto, de La Fernanda y La Bernarda en Utrera o de Juan Talega en Dos Hermanas. Habían sido realizadas para el libro *Luces y sombras del flamenco* y estaban muy lejos de aquellas fotos fijas que hizo al comienzo de su carrera en la película *Los Tarantos* con Carmen Amaya. La foto de la Taberna del Pinto es un compendio de ese mundo del flamenco oculto, hermético y, sin embargo, a la vista de todos. La foto está tomada desde la puerta de la taberna que estaba en La Campana, centro neurálgico de la vida sevillana. Pepe Pinto, como anfitrión, sonríe a la cámara y detrás de él, hierático, más señora que la señora fotógrafa, como un barón de Charlus de incógnito oculto tras unas enormes gafas negras, tocado con una mascota blanca, levemente apoyado en la barra, se yergue don Antonio Mairena congelado, con un vaso en la mano camino de los labios. Detrás, ajenos a las divas de la fotografía y el cante, El Chocolate charla con Tomás Torres y, al fondo, en un marco barroco, presidiendo el bar, una foto de La Niña de los Peines.

. . .

El año siguiente, 1978, sería un año de prohibiciones que comenzó con el incendio provocado en la sala de fiestas Scala, en la que murieron cuatro personas, estando aún en el recuerdo el atentado a la revista de humor *El Papus* en septiembre del año anterior. Primero el Gobierno Civil prohibió que se celebraran los carnavales y, poco más tarde, decidió prohibir la segunda manifestación gay que debía recorrer las Ramblas, como la anterior. Como protesta por la prohibición de la manifestación, los miembros del colectivo FAGC optaron por encerrarse en la iglesia de Sant Miquel de la Barceloneta, mientras que los del escindido CCAG, grupo formado por disidentes, tras una asamblea en el Saló Diana, decidieron manifestarse el domingo 24 de junio a las ocho, exhibiendo grandes pancartas en las que se podía leer «Contra redadas y agresiones: a la calle travestis y maricones» o «El amor es libre, no lo podéis censurar», bajo lema «*Llibertat sexual al carrer. Coordinadora de Col·lectius per l'Alliberament Gai C.C.A.G.*». Entre ellas se repetían, más o menos, las mismas caras que aparecían portando pancartas en la manifestación del año anterior. Ocaña se haría un hueco entre La Esperanza, La Esther o La Mami. Camilo y yo debíamos circular con el grueso de la manifestación acompañados de multitud de amigos.

Esta vez Ocaña procuró asistir a la manifestación vestido de manera más discreta. No se lo veía demasiado a gusto porque Ocaña y la discreción eran acérrimas enemigas. Había escogido de su armario repleto de vistosos mantones de Manila —no en vano en su pueblo trenzaban los artesanales flecos que rodeaban los crespones que se bordaban en el pueblo de mi madre—, un mantoncillo de crespón negro bordado de florecillas de colores que parecía de luto. Así vestido, fue flanqueado por la veterana y encantadora amiga La Mami, a la que reclutaríamos para la alocada fiesta que se celebró en el Palau Blau Grana, donde nos contrataron para amenizar el fin de año; La Esperanza, que se desgañitaría gritando en la plaza del Ayuntamiento al final de la manifestación «¡Somos cachondas, pero no peligrosas!»; y La Esther, a la que un mes más tarde nos encontraríamos en la cárcel Modelo, a donde fuimos a parar después de haber sido contratados para que Ocaña amenizara la vida de alguno de sus chulos, de algunos amigos vascos de la COPEL y de Gabi, Arnau y Andreu, del grupo de teatro Els Joglars, que también estaban por allí de vacaciones. Curiosamente nos había llevado hasta allí el habitual mariconeo que nos movía a disfrazarnos: yo con un traje largo blanco con encajes celestes que le habían regalado a Ocaña diciéndole que había pertenecido a la cantante Salomé y que en absoluto era de «su estilo», y ella con un discreto traje negro, el mantón de luto y el pelo empolvado con el que quería aparentar ser una viejecita que, a mi lado, parecía que intentaba ponerme a la venta, como aquellas viejas de los cuadros de Latour o de Granach.

Era una noche de verbena y nosotros nos encaminamos, como siempre, hacia el Cafè de l'Òpera a tope de amigos y conocidos. Allí Ocaña comenzó a montar su *chou*, haciendo teatro, cantando o recitando poesías que convocaban a su alrededor a aquel público de las Ramblas que a ella tanto le cautivaba. Todo comenzó cuando unos guardias urbanos quisieron poner fin al espectáculo (ellos lo llamarían

«escándalo» o «alboroto») y nos conminaron a que los acompañáramos a comisaría. Ocaña intentó huir; los guardias le dieron caza y lo llevaron arrastrando hasta el furgón en donde yo ya estaba encerrado con otro amigo. Mientras, un nutrido grupo de maricones y travestis que protestó contra la detención y se enfrentó a la policía —enfrentamiento que la policía llamaría «motín»— organizó una manifestación que recorrió las Ramblas hasta la puerta de la comisaría en donde estábamos encerrados, pidiendo la libertad para todos los detenidos. En las paredes de Sevilla aparecerían pintadas exigiendo nuestra liberación. Paliza en la comisaría, fichaje en Via Laietana y traslado a la cárcel Modelo al día siguiente.

Había cárceles famosas en España donde encerraban a travestis y maricones para «curarlos» o simplemente para quitarlos de la circulación aplicándoles, primero, la Ley de Vagos y Maleantes y, más adelante, la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social. Entre las más tristemente célebres se contaban la de Huelva y la de Badajoz, aunque dicen que la cárcel Modelo no le iba a la zaga.

. . .

Pasarían más de mil años, muchos más, cuando el 1 de julio de 2024 el Ayuntamiento de Barcelona decidió colocar un atril en el lugar de los hechos, rememorando aquella primera manifestación gay. El lugar escogido era en las Ramblas, claro, frente a la iglesia de Santa Mònica y el bar Pastís de donde partió la primera manifestación y en donde, por la noche, solían hacer la carrera algunas travestis allá por aquellos años.




ES A TU QUI ES T
ER TU QUE


RICANO


HOTEL
INTERNACIONAL
NOSALTRES
NOSALTR


HOTEL
INTERNACIONAL


HOTEL




LIRES
CUITEM


DONA


RESTAURANT


ANDALU
DE
NOCH
NIGHT CLUB


ENSEIGNEMENT
GRATUIT


CONFECCION
PIEL






TELEFONO
UNIFRANCE FILM




DERO
LLOSIT
IMENT DE
ISTES DE






LOS
HOMOSEXUALES
AL PUEBLO CATALAN










HOTEL






MANILA


DEMOCRACIA
LLOSITAT






PERI-


Fontana Paperbacks & Pan Books
Newsweek


PRINCIPE
LEI PERI-
ETAT SOCIAL




PRINCIPE


Frau mit Herz
Frau mit Herz
Fontana Paperbacks & Pan Books
Newsweek


PRINCIPE








CONTINENTAL







TELEFO
DANY
DANY


GREC 77
DANY




TELEFONO
TELEFONO
DANY
GREC 77
DANY
DANY

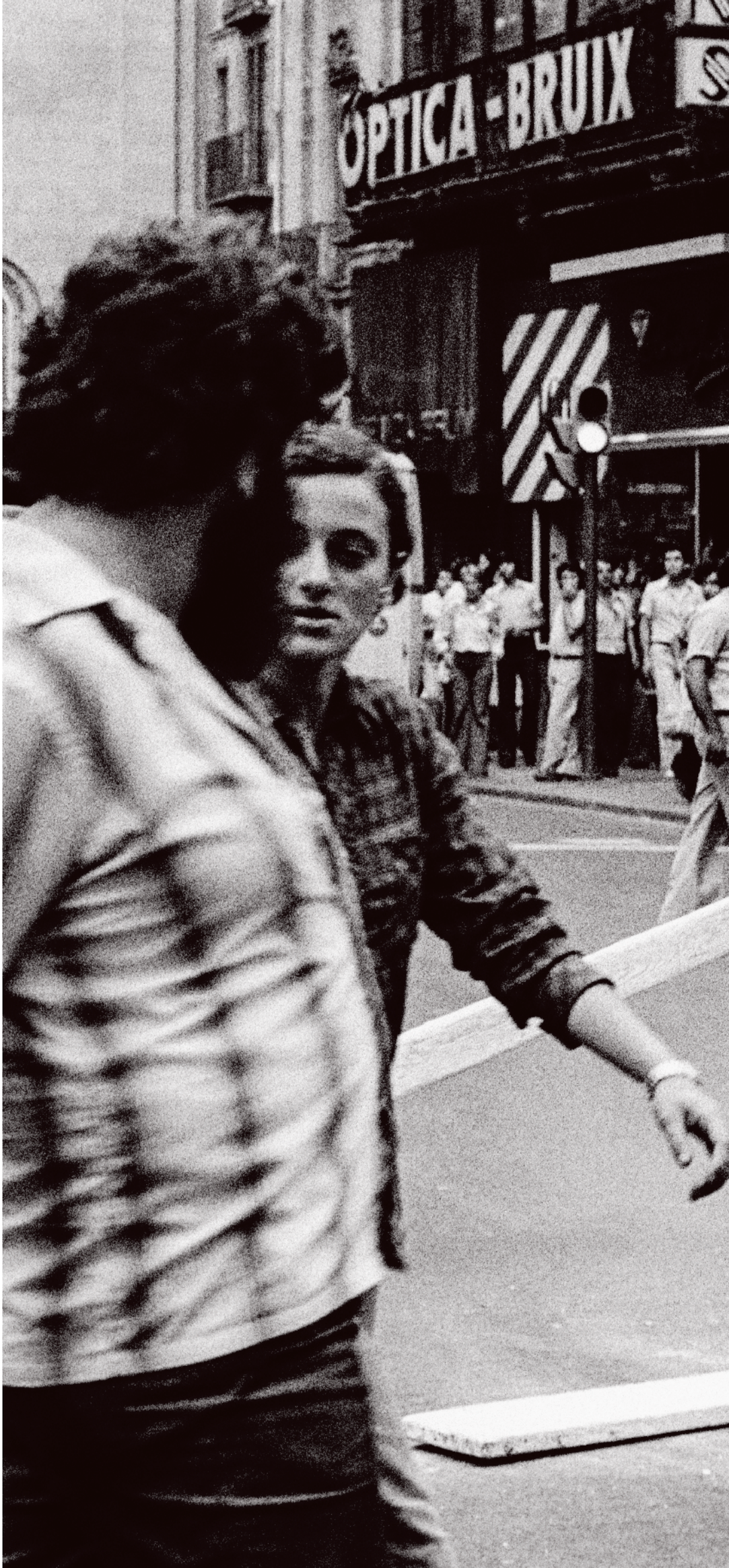



TELEFONO




RAMBLA
DE LOS
ESTUDIOS


OPORTUNIDAD
única
VENTAS al LADO
nº6 primero
CALLE
PUERTAFERRISA
mac quinn
PUERTAFERRISA, 11
GE-81
364


ÒPTICA - BRUIX


EL REGULAD
PLATERIA


PELETERIA
FINA
ANTE-NAPA
OPORTUNI
DAD
unica
VENTAS al LADO
nº 6 primero
CALLE
PUERTAFERRISA
mac quinn
PUERTAFERRISA, 11


SAN JOSE


CINE FAMILIAR
VENTA
ELICULAS
SUPER 8
BAR
ENGOL
BOCADILLOS
ESPECIALES
CALIENTES
de 17 a 20 h


ELOJ PERFECTO




AFERRISA
quinn


OPORTUNIDAD
única
CALLE
PUERTAFERRISA
mac quinn
PUERTAFERRISA, 11


CINE FAMIL
VENTA
PELICULAS
8 Y SUPER 8
DESAYUNOS
MERIENDAS
TAPAS
CAFE BAR
ARMENGOL
BOCADILLOS
ESPECIALES
CALIENTES




OPOR
TUN
DAD
unica
VENTAS
DE 6




CINE FAMILIAR
VENTA
PELICULAS
8 Y SUPER 8
DESAYUNOS
MERIENDAS
TAPAS
CAFE BAR
ARMENGOL
BOCADILLOS
ESPECIALES
CALIENTES
BOICOT
OPOSICION


CINE FAMILIAR
SOCADILLOS
ESPECIALES
CALIENTES
LA VIRREINA








PELETERIA
FINA
UNICA
CALLE
PUERTAFERRISA
mac quinn
PUERTAFERRISA, TI


CINE
VENTA
PELICULAS
8 Y SUPER 8
ALQUILER
PELICULAS
8 Y SUPER 8
DESAYUNOS
MERIENDAS
TAPAS
CAFE BAR
ARMENGOL
BOCADILLOS
ESPECIALES
CALIENTES
VIRRE
BOICOT
B 7090 Y


PELETERIA
FINA
OPOR
TUNI
DAD
UNICA
CALLE
PUERTAFERRISA
mac quinn
PUERTAFERRISA, 11


VENTA
PELICULAS
8 Y SUPER 8
DESAYUNOS
MERIENDAS
TAPAS
CAFE BAR
ARMENGOL
BOCADILLOS
ESPECIALES
CALIENTES
BOICOT
B 7090 Y


RESTAURANT

¡AY, TRINIDÁ!

CUERPO, DISIDENCIA Y MARGEN A LA CABEZA DE LA LUCHA

Sergio Marey

Hace ya más de un año, Fito Ferreiro me concedió uno de los mejores regalos de mi carrera profesional, diría incluso que de mi vida, al proponerme escribir la biografía de Trinidad Falcés. Como yo, quizás muches de les que ahora leéis este texto no sabréis quién era, aunque ya por el simple hecho de tener este libro en vuestras manos ya la habréis visto.

Trinidad Falcés, La Trini o La Mami, como se la conocía por aquel entonces, es una de las protagonistas de aquella famosa fotografía que da origen a este libro realizada por Colita en la manifestación que marcó un antes y un después en la lucha por los derechos LGBTIQA+ en el territorio español. Como muches, yo había visto esa foto mil y una veces, pero nunca había reparado en quiénes habían sido sus protagonistas ni cuál había sido la historia detrás de aquel momento histórico.

Esa foto en blanco y negro retrata a seis personas, a seis travestis que habitaban la marginalidad catalana de aquel momento, encabezando sin miedo, como bien dice la pancarta que se levanta tras elles —*«Nosaltres no tenim por, nosaltres som»* [No tenemos miedo, existimos]— la que ha pasado a la historia como la primera Marcha del Orgullo de España. Entre esas seis personas se encontraba mi querida Trini. Pelo rizado en media melena, top sin mangas negro atado al cuello, bolso plateado, y mano alzada pidiendo paz. Ella, situada a la derecha del todo, de sus amigues y compañeres en el activismo.

Un instante, un momento capturado por el objetivo de Colita segundos antes de que la represión estallase y las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado cargasen con toda su fuerza y violencia contra las personas que allí se reunían para luchar por sus derechos. Algunes recibieron golpes y fueron duramente agredides, otres arrestades y otres lograron huir. Sabían perfectamente que eso iba ocurrir, especialmente Trini y sus compañeres travestis.

Un momento antes de esa fotografía capturada por Colita, esas seis travestis junto a muches otres, habían sido invitades a permanecer apartades. Parte de la organización de la manifestación —el Front d'Alliberament Gai de Catalunya— no quería que personas como elles fueran vinculades al movimiento de liberación puesto que creían que daban mala imagen y contribuirían a la estigmatización de las personas LGBTIQA+. Pero llegaron los grises, como por aquel entonces llamaban a la policía, con la idea de amedrentar e intentar paralizar la manifestación antes de que esta saliera. Lo lograron, pues la comitiva encargada de iniciar el paso se disuadió. Pero eso no detendría a Trini y a sus amigues y compañeres activistas, les cuales decidieron ponerse al frente y comenzar a andar.

Seis travestis —putas, marginadas— encabezaron entonces una manifestación que comenzó a recorrer las Ramblas pese a que la represión policial estaba asegurada. Elles, aunque minutos antes habían sido repudiades por compañeres de la lucha, pusieron sus cuerpos y sus vidas por delante de algo más grande, pues sabían que tenían que hacerlo, que esa manifestación tenía que salir sí o sí. Así me lo ratificaron, en el proceso de investigación de la vida de Trini, voces como la de Empar Pineda, quien siempre decía que tiempo después, cuando les preguntaron «¿Por qué lo hicisteis?»,

elles respondieron: «Total, nosotras ya estamos muertas».

Una frase que demuestra una valentía y una fuerza sobrehumanas. Una frase que demuestra dónde radica la fortaleza de una lucha. Elles no hacían aquello solo por elles mismes, lo hacían por todes les que hoy estamos aquí, pero también por todes les que les habían precedido. Que una mujer como Trini —trans, intersexual, bisexual— junte a sus compañeres, encabezaran aquella manifestación es un recordatorio constante de que sin los cuerpos más marginados no hay liberación verdadera. Su valentía sigue enseñando que los derechos se conquistan cuando quienes más sufren se levantan y deciden ocupar el espacio público.

Pero esta foto nos enseña mucho más, puesto que esta presencia en primera línea es todo un acto de memoria y de futuro. Memoria, porque situó en el corazón de la lucha a las trabajadoras sexuales y a las personas trans que siempre habían estado a la cabeza frente a la represión policial y social. Futuro, porque marcó un camino: el de construir movimientos inclusivos que no dejen a nadie atrás. Hoy, más que nunca, debemos recordar precisamente la importancia de que un cuerpo como el de Trini abriera la marcha, pues aquello significaba colocar en el centro lo que la sociedad pretendía ocultar: la existencia disidente, la sexualidad no normativa, la pobreza y la marginación. Como de nuevo ocurre en nuestros días.

Por eso es importante conocer la historia y a quien la vivió en cuerpo y sangre. Porque son cuerpos como el de Trini, cuerpos castigados y ensangrentados por toda una vida de violencia, los que nos muestran el verdadero sentido del orgullo. El cuerpo de Trini era un cuerpo maltratado por múltiples y diversas opresiones pero, al mismo tiempo, se convirtió en un espacio de resistencia. Había sido robada al nacer, marcada como *hombre* pese a haber nacido intersexual, obligada a ocultar su identidad durante la infancia y la juventud. La suya es un ejemplo de una vida atravesada por la violencia estructural: desde el franquismo que la persiguió y la encarceló hasta el capitalismo que la condenó a la precariedad económica, empujándola a la prostitución como única vía de supervivencia; pasando por el cisheteropatriarcado que la expulsó de su propia familia y entorno, y le negó el derecho a ser reconocida como *mujer*. A estos sistemas de opresión se sumaba la violencia social cotidiana en la forma de insulto callejero, palizas policiales y carcelarias o el continuo *sexilio* que vivió: expulsada de Galicia tras ser robada; expulsada de Sevilla al nacerle los pechos; expulsada de Fuentes de Jiloca para hacer la mili; expulsada de Barcelona por condena al exilio y, más tarde, por el encarecimiento de la vida en la ciudad; y finalmente expulsada de A Coruña para acabar en una residencia de ancianos en un pueblo de Galicia. Cada aspecto de su existencia parecía diseñado para recordarle que no tenía lugar en el mundo.

Pese a ello, ese cuerpo marginal, estigmatizado y vulnerable fue el que se convirtió en un cuerpo de lucha. Un cuerpo que no solo sobrevivió, sino que reclamó el espacio público y político que le había sido negado. Trini encarnaba todas las heridas de la exclusión, pero también todas las potencias de la resistencia. Su presencia en la primera línea de la manifestación del Orgullo era un gesto profundamente político: no se trataba de mostrar un cuerpo «respetable» para ganar aceptación, sino de visibilizar aquello que la sociedad quería borrar. Su cuerpo, con toda su carga de dolor, precariedad y dignidad, se transformaba en una bandera viviente contra el sistema.

Con todo esto nos hacemos una idea de cómo una figura como Trini fue capaz de cometer ese acto y de tener el activismo como una vértebra de su vida. Peleó y luchó allá donde estuvo puesto que participó en manifestaciones y acciones reivindicativas previas y posteriores a aquella marcha del 77 en Barcelona, pero también luego en Zaragoza o A Coruña donde también vivió, incluso ya en silla de ruedas se presentó en una protesta contra comentarios homófobos por parte de un sacerdote en la villa de Sada en A Coruña. Hasta el final de sus días estuvo presente en las diferentes luchas y manifestaciones por los derechos LGBTIQA+. Pero su importancia no se entiende solo desde la rebeldía, sino también desde la empatía.

Hablar de Trini es hablar de una vida atravesada por la violencia, pero también de una vocación inagotable por el cuidado. A pesar de haber sufrido abandono, maltrato y precariedad, siempre supo crear redes de apoyo. En la infancia fue protegida por su inseparable amigo gitano Antonio; en la adolescencia, se juntó al marica y las prostitutas de su barrio en Sevilla; en la juventud, tras su llegada a Barcelona, se rodeó de travestis y putas con les cuales formó su propia familia. Eran sus amigues, sus aliades, sus compañeres en la lucha y en la calle.

No es casualidad que fueran precisamente estas comunidades —gitanos, maricas, travestis, prostitutas— las que marcaran su vida y la sostuvieran en los momentos más duros. Trini siempre buscó y construyó su lugar entre quienes, como ella, cargaban con el peso de la represión y la marginación social. Su mundo estaba hecho de cuerpos disidentes y rebeldes, castigados por el sistema, pero capaces de crear comunidad desde la exclusión. Rodearse de elles no fue solo una circunstancia, sino una elección vital: reconocerse en los márgenes y convertirlos en hogar, en familia y en trinchera.

Hay quien dice que su apodo La Mami viene de su época como artista en cabarets y locales nocturnos como El Molino Rojo o La Perla, donde a ella la reconocían por una actuación en especial en la que cantaba *Mammy Blue* de los Pop Tops. Pero también hay quien me dijo que su apodo venía de esta importancia que en su vida tenían los cuidados. Sin lugar a duda, me quedo con esta versión en la que su apodo, La Mami, es el resultado de ser esa cuidadora de les demás, un ejemplo de cómo Trini pensaba en la supervivencia colectiva antes que en la individual.

Ese impulso de cuidar no fue accesorio, sino político. En un mundo que le negaba reconocimiento y derechos, Trini entendió que la forma más radical de resistencia era hacer comunidad. Llevaba ropa a las compañeras presas aprovechando su estatus de hija de un reconocido policía; puso su cuerpo y cara para reivindicar los derechos laborales como limpiadora y como prostituta; cuando no pudo ejercer más la prostitución, se dedicó a encender fuegos en

bidones para calentar a sus compañeras en la calle, a las que también llevaba bocadillos; e incluso llegó a prestar habitaciones de su casa para que ellas pudiesen ejercer la prostitución más seguras. Su vida entera fue una apuesta por la solidaridad de los márgenes, una forma de activismo que no siempre aparece en los libros de historia, pero que sostuvo y sostiene a muches de nosotres.

Por eso aquel día de 1977 en Barcelona, en aquella primera Manifestación del Orgullo de todo el estado español, pese a que algunos no querían que las prostitutas trans fueran al frente, Trini estaba allí. No podía no estarlo. Encabezar esa marcha no era solo un gesto de rebeldía individual, era también un acto de cuidado colectivo. Su cuerpo se convirtió en un escudo y en un refugio, un lugar donde otres podían reconocerse y sentirse menos soles. La importancia de Trini no reside solo en ser icono de valentía, sino también en ser icono de cuidado: encabezó la manifestación porque llevaba toda la vida encabezando la resistencia desde lo más íntimo y cotidiano, cuidando.

Por todo esto es importante que hoy más que nunca recordemos a Trinidad Falcés. Mientras hojeamos las páginas de este libro y el impresionante trabajo de Colita debemos también preguntarnos quién estaba ahí, cómo estaba ahí, y de dónde venía. La historia de Trini no es únicamente la de una mujer que sobrevivió a la violencia, la marginación y el exilio, sino la de alguien que convirtió todo ese dolor en fuerza, en comunidad y en memoria. Su historia no es única, ni extraordinaria, ni especial. Su historia es la de muches otres que, pese al dolor, lucharon y sobrevivieron. La historia de Trini debe servirnos para recordar que el orgullo no se puede entender sin quienes pusieron su cuerpo en primera línea cuando parecía que no había futuro; que la lucha no avanza sin las travestis, las prostitutas, los gitanos y las maricas con las que ella tejió familia; y que el cuidado puede ser tan revolucionario como la protesta. Su vida sin duda estuvo marcada por la exclusión, pero también por la generosidad y la rebeldía. Recordar a Trini es recordar que sin los cuerpos más marginados no hay liberación verdadera, y que cada paso que damos hoy es gracias al camino que ella y sus amigues y compañeros construyeron para nosotres. Trini sigue siendo el faro que ilumina nuestra lucha presente.

COLITA: «¡YO SOY PERIODISTA!»

Laura Terré

«He querido poner virgen, pero no me entraba en ningún sitio». Así acaba la oración que Colita dedicó a Santa Iluminata Blacanguait, una santa de su invención, con su estampita y todo. A ella se encomendarían las fotógrafas antes de salir a trabajar. Colita sacaba a relucir de tanto en tanto su educación religiosa. Algún partido le tenía que sacar, decía, a los trece años que había pasado en un colegio de monjas. Los referentes religiosos —un lenguaje común, por desgracia, a toda su generación— le servían para expresarse y, de paso, escandalizar. Siguiendo la pauta de las vidas de santos que se leían en el comedor del colegio, creó a su patrona de las fotógrafas contumaces; la santa era fotógrafa, mártir, bella, glamurosa y descarriada, de vida azarosa. Iluminada, que lleva consigo la luz, tan necesaria para los fotógrafos en una época en que la técnica les obligaba a supeditar su trabajo a las condiciones lumínicas. Así entendía la profesión Colita: con la calle por estudio. La santa tenía que proteger a los fotógrafos callejeros, que son como chuchos: «callejean, trotan y cabrean, cargados de bultos y otros artilugios»; «son perseguidos por polis, por chulos, fachas y vecinos»; «son explotados y muy mal pagados (de poner el culo están agotados)»; y ruega a Santa Iluminata que les conceda «llegar a viejos con la espalda entera y las dos caderas; y a final de mes», y que los «clientes paguen y reciban el trabajo sin enseñar los dientes». «¡Ten compasión de esta profesión!», exclamaba antes del amén.

«¡Yo soy periodista!», afirmaba Colita cada vez que le pedían una definición acerca de su oficio. Aunque ella no se adaptaba en absoluto al cliché establecido para esta profesión. Para empezar, Colita era mujer, *rara avis* entre los reporteros de prensa de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Y más allá, su trabajo informativo excedía los márgenes de las rotativas, entraba en las galerías de arte y, sobre todo, se explayaba en la opinión. Esto último era algo que extrañamente se les concedía a los fotoperiodistas, que debían ejercer su profesión al margen de cualquier ideología.

Colita fue periodista desde el principio de su carrera. Para ella, según dijo, era una manera de estar en el meollo de las noticias en la época candente de la Transición. Lo repetía constantemente: las personas se definen en su profesión. Lo más importante en su vida fue lograr salir adelante por sí misma trabajando, haciendo aquello que mejor sabía hacer: el reportaje. Siempre llevaba una cámara en el bolsillo cuando salía de casa. Ya desde 1964 publicaba en las revistas gráficas *Siglo XX*, *Bocaccio*, *Fotogramas* y *Mundo Joven*, con fotografía de cine y espectáculos, principalmente. En la década de 1970 era una profesional del periodismo que colaboraba con la práctica totalidad de la nueva prensa diaria (*Mundo Diario*, *Primera Plana*, *La Calle*, *Reporter*, *Tele/eXprés*) y las revistas gráficas de ámbito nacional que fueron surgiendo durante el último tramo del franquismo y la Transición democrática (*Triunfo*, *Cambio16*, *Cuadernos para el diálogo*, *La Actualidad Española, Destino, El Cuervo* e *Interviú*). Colita no fue una reportera de guerra, ni se trasladó a territorios en conflicto. Le bastó con ser testigo del mundo que la rodeaba. Abrió bien los ojos y dejó a un lado cualquier prejuicio. Según decía,

tuvo que sobreponerse al miedo, al asco y a la pena en muchos momentos para poder mostrar lo que estaba pasando a su alrededor.

Gracias a esa pasión fotoperiodística se mantuvo como *freelance* durante toda su carrera, sin firmar contrato con ningún medio. Se quejaba de que en España las revistas no trataban a los fotógrafos con el mismo respeto que a los redactores. En tiempos de la dictadura, eran necesarios la acreditación y el brazalete de Gobernación para poder fotografiar en eventos. Solamente los obtenían los simpatizantes del régimen, y los demás fotógrafos eran expulsados de mala manera. En 1977, ya en plena Transición democrática, Colita continuaba denunciando el *apartheid* a los fotógrafos, pero entonces dentro de las redacciones, donde los directivos no hacían nada para educar a la sociedad española, incapaz de distinguir un buen trabajo fotográfico de uno malo. Mientras las revistas iban a la caza de plumas de prestigio, el trabajo de los buenos reporteros no se valoraba en absoluto. Cada vez era menor la recompensa al esfuerzo y a la calidad informativa de los fotógrafos,a quienes muchos medios ni siquiera permitían firmar sus trabajos. Con la idea de revertir esa situación, en plena fiebre sindical de los años setenta, Colita fue impulsora, con otros colegas, de la Associació de Fotògrafs Professionals de Premsa i Mitjans de Comunicació de Catalunya, cuyas reuniones se llevaban a cabo en su estudio. Allí también acudían Pilar Aymerich, Gumer Fuentes, Guillermina Puig y Montse Faixat, que estaban logrando cambiarle la cara de hombre a la profesión.

En la búsqueda de esas acreditaciones de periodista, el gran reportaje que muchos se perdieron fue el funeral, tan esperado, de Franco. La directiva de *Cambio16* le ofreció a Colita la posibilidad de trasladarse a Madrid para cubrir el evento. Los fotógrafos de Madrid, «quemados» ya por la revista, corrían el riesgo de ser detectados enseguida por los «sociales», mezclados entre el público, que les impedirían trabajar. Colita dijo enseguida que *sí*. Cogió el primer avión y allá se fue, disfrazada, como solía ir a ese tipo de eventos, «de hija de puta» [*sic*]: con su falda tubo, su gabardina y sus tacones. Se puso también una insignia en la solapa con el lema: «Viva Franco, Arriba España», que distribuían los fachas en el entorno de la Plaza de Oriente y, manifestando la emoción debida, fue aproximándose a la comitiva y al ataúd y a los tres únicos jefes de Estado que asistieron: el príncipe Rainiero de Mónaco, el rey Hussein de Jordania y el general Augusto Pinochet. A pesar de la distancia que imponían los cordones policiales y el gentío, Colita logró un retrato muy significativo del recién dictador de Chile, captando su mirada directa y dura a través del potente teleobjetivo, gracias a un instante de luz que hizo visibles los ojos tras las gafas negras del general. Aquella mirada de asesino volvía a actualizar todo el pasado, el miedo, la represión, la amenaza constante del Ejército. Con esa imagen, convirtió el reportaje en denuncia. Colita nos estaba advirtiendo: no bajéis la guardia, queda mucho por luchar. Meses mas tarde, le confesó a Carlos Pérez Siquier por carta que esas fotografías siguen sin publicar. «Aún es demasiado pronto», se lamenta.

Además de estos encargos puntuales para cubrir una noticia, que ella seleccionaba según su trascendencia histórica, Colita también hizo uso de su inventiva para crear otro tipo de reportajes, más planificados, como si se tratara de guiones cinematográficos, aunque imprevisibles, siguiendo la metodología con la que se había habituado a fotografiar en los platós de cine para los directores de la Escuela de Barcelona. Fue en la revista *Interviú*, cuyo primer número salió a la calle en mayo de 1976, donde encontró la posibilidad de publicar esos reportajes de investigación y denuncia. Trabajaba en equipo con el periodista Ferran Sales, conocido por su compromiso con el mundo obrero y sindical. Unas veces era Colita la que sugería los temas, y otras era Ferran. Los reportajes destapaban realidades ocultas y pretendían mostrar la sociedad a la que el cambio democrático se tendría que enfrentar. La superstición y la ignorancia en que la mujer permanecía especialmente sumida, alimentadas a lo largo de los siglos por la Iglesia católica, fue el tema del reportaje de las apariciones de la Virgen a la mística Conchita, una vecina de Cerdanyola del Vallés. Otro fue el reportaje en el Hogar de Asistencia Social de Emergencia, en Barcelona (*Interviú*, febrero de 1977), con la periodista Maria Favà. Los locos, los viejos, los pobres de asilo, los presos comunes eran protagonistas de los reportajes que tenían como objetivo abrir los ojos de los lectores. Aquellas personas habían estado ocultas de manera vergonzante. Había que levantar la manta sucia del franquismo, decía Colita.

La situación de los manicomios, por ejemplo, era escandalosa, y con el reportaje «Historias del manicomio» Sales y Colita descorrían el velo. Se publicó en cinco entregas entre abril y mayo de 1977. Para llevar a cabo el reportaje, Colita se coló por una ventana del psiquiátrico con la complicidad de los médicos y enfermeros. El objetivo del reportaje era dar a conocer a la opinión pública, con todo el realismo, la miseria y las consecuencias de la falta de presupuesto de estos hospitales. Las fotografías tenían que ser especialmente crudas y explícitas. Años más tarde, Colita se preguntaba: ¿fue necesaria de verdad aquella crudeza, aquella falta de respeto a la intimidad? Aquellas personas sufrientes que miraban de frente a la cámara habían sido sacadas de sus camas en plena noche. Muchos no habían sido internados por enfermedad, sino por su marginalidad social: prostitutas, maleantes, inmigrantes, gente olvidada a quien nadie quería. Colita captó en sus fotografías la soledad de los espacios, la sala del velatorio, el almacén de los colchones, la habitación donde un hombre duerme en posición fetal con toda la crudeza del flash iluminando la suciedad en todos los rincones, e incluso una sesión de electroshock, paso a paso, con primeros planos estremecedores, que buscaban la repulsa del espectador para denunciar una práctica ya considerada entonces por muchos médicos como cruel y obsoleta.

Además del periodismo de denuncia, Colita hizo una serie de reportajes «montados», que podríamos definir como *happenings documentados*. «Los Rius en el Liceo» (*Interviú*, febrero de 1977) fue uno de los más ocurrentes. Por idea de Colita, y con la colaboración de su amigo el transformista Ángel Pavlovsky, disfrazado de Mariona Rebull el día de estreno de una ópera en el Liceo, recreaba las escenas de amor en el palco de butacas, en la sala de los espejos y en

el lavabo de señoras. El travesti, el transformista, el hombre femenino que no se diferencia por los atributos sexuales, sin tener por eso que renunciar al erotismo, fue uno de los motivos preferidos en la obra de Colita. Esa búsqueda de la ambigüedad, del ser dual, también la encontramos en sus retratos performativos, a través del disfraz que lucen sus modelos, a los que transforma para alcanzar su verdad. La máscara es el cliché sexual de haber nacido hombre o mujer, aquella que Maria Aurèlia Capmany describe en *Antifémina* (Editora Nacional, 1977) como lo genérico, lo anónimo, detrás de la cual se encuentra la persona. Esa realidad es la que se parodia en *Confesiones de una diva*, un extenso trabajo fotográfico de Colita en colaboración con Ángel Pavlovsky.

El éxito de *Interviú* consistió en la presentación de reportajes exclusivos que compartían espacio con modelos ligeras de ropa. Esto último constituía, sin duda, un obstáculo para la implicación incondicional de las feministas en este tipo de revistas eminentemente masculinas. La condena del feminismo, hoy y ayer, es coincidente contra esta cosificación de la mujer. Sin embargo, Colita empleó un lenguaje semejante para denunciar ese trato vejatorio. Una ironía no despojada de cinismo que hoy resulta difícil de entender para las jóvenes generaciones feministas. Una de esas imágenes es el retrato satírico de Javier Herralde en su despacho, que mira desde lo alto a sus supuestas secretarias sexis que enseñan las bragas. Ni eran sus secretarias ni eran modelos: eran amigas de Colita que entendían perfectamente la provocación de denunciar el patriarcado en los despachos. Otra de esas escenificaciones satíricas es la serie que tituló *Archivo político*. A imitación de los calendarios eróticos que se repartían en las revistas —sin ir más lejos, la revista *Bocaccio* regalaba uno— llevó a cabo una serie de fotografías por encargo de la revista *El Cuervo.* La serie tenía que presentar en alegoría a los partidos políticos que entonces salían del armario. Así, Colita se sirve de la pose escenificada de mujeres guapas y jóvenes que muestran sin ningún pudor su cuerpo desnudo, pero en vez de crear las escenas lúbricas del destape, las mujeres llevan uniformes anarquistas, ametralladoras y pañuelos palestinos, entre otros signos. La *Maja del PSOE* posa como la desnuda de Goya, pero con una rosa en el pubis; la apasionada militante del PC se masturba hojeando la biografía de Santiago Carrillo, que acababa de aparecer en los quioscos en enero de 1977. Y de ahí para arriba. El humor crítico de Colita es políticamente incorrecto hoy, y en su época ella ya lo sabía.

Después del caso Xavier Vinader, el periodista de investigación que trabajaba para *Interviú* condenado por un artículo que reveló los nombres de los ultras que operaban en el País Vasco, la empresa fue colocando directivos dóciles que propiciaron un estilo duro en apariencia, pero amarillista, y cuyos reportajes fotográficos no tenían otra ambición que la hazaña de *paparazzi*. Pasados veinte años de aquella fecha, Manolo Vázquez Montalbán, que había sido también colaborador en la primera época, opinaba que el éxito de *Interviú* sería eterno, siempre que se le sirviera al público aquello que espera de ella: «Sexo, crueldad, memoria histórica, corrupciones, canibalismos varios, siempre desde un espíritu si no crítico sí cuestionador de la autosatisfacción de la sociedad establecida». Así, poco a poco, se van desentendiendo sus primeros colaboradores más comprometidos. Entre ellos Colita, a la que, en el número recopilatorio del vigésimo segundo aniversario, ya ni siquiera se la cita.

Colita también experimentó el trabajo en la mesa de edición para *Vindicación Feminista* (de julio de 1976 a diciembre de 1979), revista surgida en torno a las conclusiones de las Jornades de les Dones a las que habían asistido cerca de cuatro mil mujeres en la Universidad de Barcelona en mayo de 1976. Colita formó parte del equipo de coordinación de la revista, dirigida por Carmen Alcalde, en cuya redacción estaban Lidia Falcón, Anna Estany y Anna Moix, entre otras. Para ilustrar las temáticas feministas hizo uso de su archivo con habilidad. Su búsqueda se remontó hasta las primerísimas fotografías de *amateur*. Probablemente, es el esquema del libro *Antifémina* el que le inspira la selección y el trazado de los monográficos para *Vindicación*.

El libro estaba armándose desde la primavera de 1976 y las fotos de gitanas ya las había pensado y copiado para *Luces y sombras del flamenco*, que había salido a la calle en mayo de 1975. En paralelo a la puesta en marcha de la revista, como ya hemos visto, Colita estaba fotografiando esas mismas temáticas para *Interviú*, *La Calle*, y otros medios. Sin embargo, algunos reportajes fueron hechos expresamente para *Vindicación*, como las manifestaciones feministas y las obreras en sus talleres, este último reportaje publicado también en *Antifémina*. La paginación de las fotografías en el libro, alejadas de la anécdota informativa de la prensa, se elevan como símbolos de la problemática feminista. El libro se estructura prácticamente con los mismos apartados y temas que va tratando la revista *Vindicación*. Es decir, *Antifémina* tiene una base e inspiración periodística.

Antifémina es un libro sencillo en apariencia, pero a la vez complejo y profundo, que resume en sus páginas todo el concepto y carácter fotográfico de su autora hasta el momento y en perspectiva hacia el futuro. El libro gira alrededor de aquellas problemáticas que había observado en la realidad. La situación de la mujer en la España de la Transición era patética y sin aparente solución; y el libro tenía que servir de denuncia. El proyecto lo desarrolló mano a mano con la escritora, amiga y vecina Maria Aurèlia Capmany, quien insistió en el hecho informativo de que las imágenes, que no están manipuladas, muestran la realidad tal como la había vivido la fotógrafa. Una vez comprendida su tesis, podemos leer toda la obra de Colita, antes y después del libro, en clave *Antifémina*: las bodas de sus amigas, las niñas, las prostitutas del barrio chino, las gitanas de Barcelona, las flamencas de Andalucía, las obreras y las manifestaciones de mujeres reclamando sus derechos, las modelos sofisticadas de *Bocaccio*, entre otras. Las mujeres que aparecen en estas fotografías son eso, mujeres, pero no «femeninas»: existe un desfase entre la mujer y la sociedad que la quiere de una manera determinada, un desfase que la hace inadaptada en cualquiera de sus roles, ya sea el de monja o el de prostituta. Mientras el «ser

macho» es una esencia en el hombre, la feminidad no es una esencia en sí. Se le puede atribuir tanto al hombre como a la mujer. ¿Qué es la mujer cuando no es femenina?, se pregunta. La mujer está esperando «la evidencia de su propia realidad».

En aquel momento histórico, las feministas tenían tres frentes importantes en los que luchar: despenalizar el adulterio y el aborto, y lograr una ley para el divorcio. Mientras que el aborto se seguía practicando clandestinamente con grave riesgo para la salud de la mujer, el adulterio denunciado por el marido conllevaba pena de cárcel inmediata, que podía llegar a seis años, tuvieran las «adúlteras» hijos a su cargo o no. La humillación de la mujer era el peor castigo y la manera de someterla. Los maridos denunciaban amparándose en los artículos 449 y 450 del Código Penal. Las fotografías de la manifestación en apoyo a Mari Ángeles Muñoz, condenada por adulterio a dejar a su hija bajo la custodia de su marido, se publicaron en el número 6 de *Vindicación*, y es la primera de una serie de movilizaciones que cubrió como reportera. En el reportaje, Colita supo combinar la gracia de las expresiones de juventud y alegría de las mujeres con el emblema que llevaban en las solapas, que afirma de manera provocativa y sin ninguna vergüenza: «*Jo també sóc adúltera*».

La terrible nostalgia de no ser ni joven, ni bella, ni lozana, es decir, las viejas, es el tema central del número 8 de *Vindicación Feminista*, de febrero de 1977, uno de los temas preferidos de Colita desde su juventud. Una de las preocupaciones centrales de las feministas: liberar a la mujer del temor a la vejez, a la soledad, a la indefensión, a perder el atractivo que había ganado el interés del hombre. La vieja sabia y autónoma es descrita como bruja en la literatura y los mitos porque es mala consejera de las jóvenes a las que intenta liberar de ese temor, pero las que predominan en la sociedad española son las viejas abandonadas, a las que había retratado en las residencias de ancianas para los reportajes de *Interviú*. Las locas, que en aquella época eran en su mayoría mujeres con cuadros de depresión debido a una forma de vida desgraciada, algunas de ellas alcohólicas sin saberlo. Sin ahorrar detalle, en el número 19 (enero de 1978), Colita publica las fotografías del manicomio, incluso las más fuertes del electroshock.

Paralelamente a su trabajo como periodista, Colita ejercía como retratista de artistas e intelectuales para las discográficas de la *Nova Cançó*, las revistas y las editoriales. El trabajo de retrato le permitía desplegar su imaginación para generar las fotografías que tendrían que seguir siendo documentos de su tiempo. Sus amigos poetas, artistas, cantantes, intelectuales y arquitectos asiduos a *Bocaccio* le ayudaron a crear una de las colecciones de retrato más interesantes del siglo xx: *La Gauche Divine*. Con esas fotografías montó una exposición en la sala Aixelà, aquel motor cultural que difundió, de manera casi clandestina, la cultura, la imagen, la música y el cine en la Barcelona gris del franquismo. Tituló irónicamente su muestra con un juego de palabras: *La gauche qui rit*. Un guiño al nombre que le había dado Joan de Sagarra en sus crónicas de la noche barcelonesa a aquella *troupe* resistente. La expresión aludía a los ambientes parisinos del Quartier Latin y la Rive Gauche, pero llevado a lo cómico con la referencia a «La vaca que ríe», un quesito francés que se untaba en los bocadillos de la merienda. La adaptación del glamur republicano a la española.

Era el año 1971 y la exposición fue cerrada por la policía a las veinticuatro horas. Aquel retrato colectivo de disidentes era el primer paso para la ficha policial. De hecho, entre otros retratos de gente sospechosa e izquierdosos, se podía ver el retrato de tres prófugos de la ley: Pere Ignasi Pagés, Cinto Esteba y Pere Portabella. Pero el hecho es que cuando entraron en la galería, los policías no entendieron absolutamente nada. Las fotografías mostraban a gente divirtiéndose y riendo, chicas guapas y desenvueltas con la alegría en los ojos. Por muy zoquetes que fueran, decía Colita, sabían perfectamente que *gauche* quería decir izquierda. Pero aquello aparentemente nada tenía que ver con la clandestinidad comunista. El cuartel general de este movimiento sin manifiesto se estableció en una discoteca, y no deja de ser ingenioso. Ser joven en España significaba vivir en un espacio social y político extremadamente constreñido: las leyes que regulaban la asociación, la reunión y el orden público convertían cualquier iniciativa autónoma en un riesgo real de sanción, detención o peores consecuencias. Existía un margen estrecho que permitía la creación de agrupaciones culturales, deportivas o religiosas, que debían someterse al registro gubernamental. Por eso los salones parroquiales se llenaron de actividad: desde el teatro alternativo a los guateques en los que se apagaban las luces.

¿Quién iba a sospechar que entre las gogós y los wiskis del *Bocaccio* se estuviera cociendo una revolución? Allí los jóvenes intelectuales amigos de Colita buscaban una salida de la mediocridad compartiendo la música extranjera de pop y de jazz, el cine de importación, la prensa clandestina y las publicaciones de autores prohibidos, pasado todo ello por la frontera bajo mano. Se encontraban por azar en las cenas o las copas de medianoche e intercambiaban sus puntos de vista a partir de las diferentes disciplinas en las que trabajaban. Ninguno era ajeno a la preocupación del otro. «La cultura nos interesaba», recordaba siempre Colita, «la cultura era sexy».

Pero también existía un compromiso, tal como explicaba Colita, colaborando con la izquierda: pasaba panfletos editados en Francia, películas prohibidas, incluso personas, que después se refugiaban en su casa de Begur, en la Costa Brava, para pasar la noche. Con el encierro en el Monasterio de Montserrat, del 12 al 14 de diciembre de 1970, los intelectuales tuvieron que tomar partido como protesta contra la represión del franquismo, a raíz del Proceso de Burgos. Durante el encierro elaboraron una declaración de condena de la pena de muerte y la falta de libertades fundamentales. Por primera vez la cultura se manifestaba y pasaba a ser referente de la resistencia civil. Los fotógrafos que asistieron a ese encierro fueron Xavier Miserachs y Colita. Ella hizo unas fotografías que llegaron a publicarse en todo el mundo, salvadas de ser incautadas por la policía porque ocultó el carrete en su sujetador, «el lugar donde todas las fotógrafas llevamos las fotos comprometidas». La fotografía de la asamblea en el momento de la votación del manifiesto se hizo famosa. Mientras salían del encierro, la policía

les iba retirando el carnet de identidad. Todos los asistentes tuvieron que pasar por la comisaría para hacer su declaración y entregar el pasaporte. Les pusieron una multa, dependiendo del grado de responsabilidad según los antecedentes. La multa de Colita no fue alta porque el día de la citación se disfrazó de niña del Sagrado Corazón. Conocía perfectamente las reglas que desarmaban a la policía, el machismo imperante. Se puso una falda tubo, medias, tacones, y una chaqueta de caracul que le había prestado Elsa Peretti. «Maquillada como una perra», refugiada bajo ese estereotipo femenino joseantoniano, declaró que no entendía nada de lo que pasaba en aquella reunión, que había ido por casualidad al encierro, que su pasaporte estaba en Mallorca porque se lo había dejado allí olvidado en un fin de semana con su familia... De manera que no se lo confiscaron. «¿Para qué vas a endulzar los fondos de la policía con tu dinero?», decía entre risas al recordar las anécdotas.

Recién jubilada, mientras editábamos su primera publicación antológica para el PHotoBolsillo de La Fábrica en el año 2010, a Colita le costaba mostrar interés por las fotografías de reportaje que había hecho durante la Transición. De hecho, en aquella publicación no figura ni una sola imagen que represente su faceta reportera. Descartaba las fotografías, algunas publicadas y conocidas, afirmando: «Demasiado documental», «No dice nada», «No hace reír», «Aburridísimo», o simplemente, «No soy yo». Ella quería verse en todas sus fotografías. Pero prefería que se la conociera como retratista. Quizá pensaba que a través de las *celebrities* de la cultura tendría más proyección que confundida con los acontecimientos replicados en las decenas de archivos periodísticos que se estaban poniendo en valor. Pero la Colita reportera se distingue por su estilo y, como hemos dicho hasta aquí, por su capacidad de síntesis a la hora de destilar una imagen de denuncia.

Las fotografías de la manifestación en Barcelona el 26 de junio de 1977 organizada por el Front d'Alliberament Gai de Catalunya son un ejemplo de su manera de trabajar, motivada por su implicación en el tema, participando como una más entre el grupo de mujeres que se manifiestan, pero desplazándose a lo largo de la marcha hasta que pierde su tono reivindicativo y empieza la carga policial y la construcción de las frágiles barricadas en la calle de Portaferrisa. Entre las fotos que hizo ese día, hay unos cuantos iconos en los que el retrato es la información relevante, puesto que este debe explicar todo cuando hay una acción: la expresión de la emoción, la veracidad de los gestos. Ser periodista es implicarse en el primer plano, alargar la mano y tocar al que está ahí delante exponiéndose, arriesgar con él, no abandonar. Es ahí cuando los dos extremos, retratista y reportera, se unen.

La última vez que pudimos escuchar a Colita en un acto público fue el 6 de noviembre de 2023, en el Col·legi de Periodistes de Catalunya. Fue una fiesta para celebrar la concesión del último premio que iba a recibir en vida: el premio al Oficio de Periodista. En sus palabras de agradecimiento volvió a definirse como periodista, su vocación primera. Y les brindó el premio a los diecisiete periodistas palestinos muertos que hasta aquella fecha habían sido asesinados en la Franja de Gaza. Nos habló de la necesidad de la existencia del periodismo, el peligro que suponía para el poder que hubiera unos ojos bien abiertos en los conflictos para informar al mundo de lo que allí estaba pasando. Hoy, dos años después de aquella fecha, se calcula que han asesinado a más de doscientos cuarenta reporteros en Gaza, la mayoría palestinos. Hay quien ha hecho el cálculo: han muerto allí más periodistas, en dos años de conflicto, que los que murieron en las guerras de Vietnam, Corea, Afganistán y los Balcanes juntas. Colita no me habría dejado acabar este comentario de obra sin mencionarlo.

EDICIÓN
Ministerio de Igualdad / La Fábrica

FOTOGRAFÍAS
Colita

COMISARIO
Rafael Doctor Roncero

TEXTOS
Rafael Villena Espinosa
Nazario
Sergio Marey
Laura Terré

DIRECCIÓN DE PROYECTO
Lea Tyrallová

COORDINACIÓN EDITORIAL
Miriam Querol

DISEÑO GRÁFICO
This Side Up

CORRECCIÓN DE TEXTOS
Sabrina Ellmann

PRODUCCIÓN
Adriana Rodríguez

PREIMPRESIÓN E IMPRESIÓN
Brizzolis, arte en gráficas

AGRADECIMIENTOS
Queremos expresar nuestro más sincero agradecimiento al Archivo Colita Fotografía y a su heredero y director, Francesc Polop, por la valiosa labor de conservación, estudio y difusión de la obra de la fotógrafa. Su dedicación y compromiso son fundamentales para mantener vivo su legado y hacerlo accesible a nuevas generaciones.

La tipografía utilizada en este libro es Rauschen B, diseñada por Out of the Dark Foundry, y ha sido impreso en papel Coral Book Natural de 120 gr.

© de esta edición: Ministerio de Igualdad, La Fábrica, 2025
© de las fotografías: Archivo Colita Fotografía
© de los textos: sus autores

ISBN: 978-84-10024-98-4
DL: M-23613-20254
NIPO: 048250345

Impreso en España

MINISTERIO DE IGUALDAD

DIRECTOR GENERAL PARA LA IGUALDAD REAL Y EFECTIVA DE LAS PERSONAS LGTBI+
Julio del Valle

SUBDIRECTORA GENERAL DE DERECHOS LGTBI
Mar Fernandez Sabugo

COORDINACIÓN
Paula Ramírez Jimeno
Isabel Martínez Jávega
Marta López Lodeiro

LA FABRICA

FUNDADOR
Alberto Anaut

DIRECTOR DE LA FÁBRICA EDITORIAL
César Martínez-Useros

DIRECTORA EDITORIAL
Camino Brasa

DIRECTOR DE DISTRIBUCIÓN
Raúl Muñoz

La Fábrica
Verónica, 13
28014 Madrid
T. +34 91 360 13 20
edicion@lafabrica.com
www.lafabrica.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

GOBIERNO DE ESPAÑA | MINISTERIO DE IGUALDAD | SECRETARÍA DE ESTADO DE IGUALDAD Y PARA LA ERRADICACIÓN DE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES | DIRECCIÓN GENERAL PARA LA IGUALDAD REAL Y EFECTIVA DE LAS PERSONAS LGTBI+

MINISTERIO DE POLÍTICA TERRITORIAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA | ESPAÑA EN LIBERTAD — 50 AÑOS —

Este catálogo es una edición del Ministerio de Igualdad, a través de la Dirección General para la Igualdad Real y Efectiva de las Personas LGTBI+, con la coedición técnica de La Fábrica y gracias al Archivo Colita, que ha facilitado todas las imágenes.

Alcalá, 37
28071, Madrid
www.igualdad.gob.es
publicaciones@igualdad.gob.es